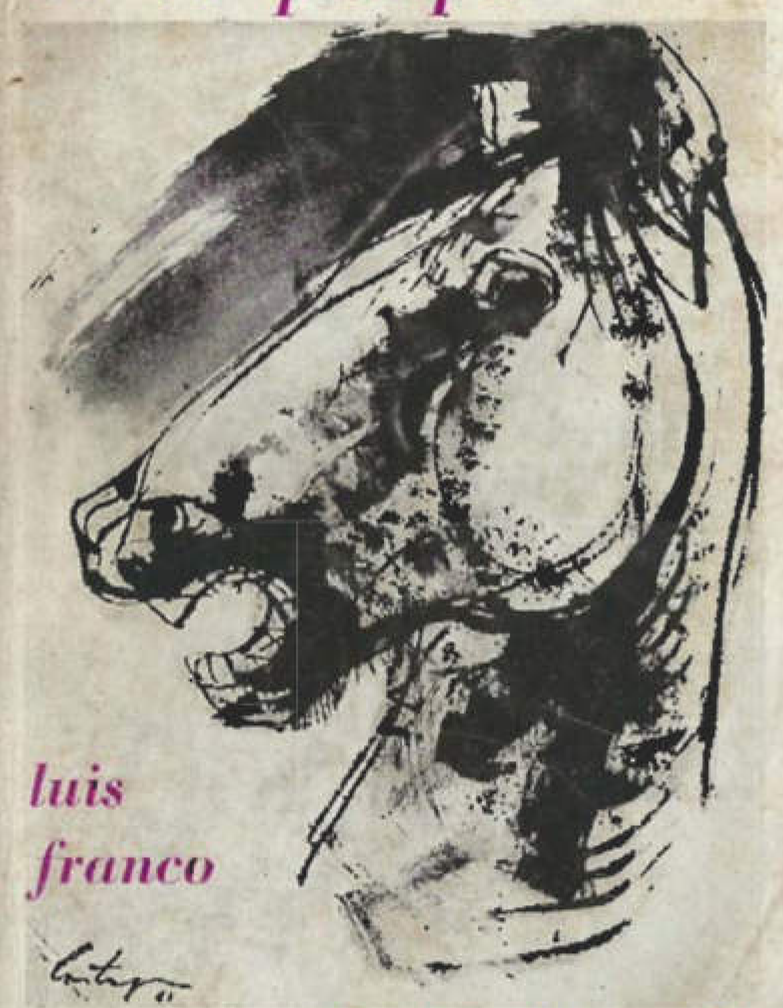
los grandes caciques de la pampa



luis franco

ediciones del candil

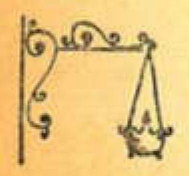
LOS GRANDES CACIQUES DE LA PAMPA

LUIS FRANCO

2

LUIS FRANCO

LOS GRANDES CACIQUES DE LA PAMPA



EDICIONES DEL CANDIL

COLECCIÓN HISTORIA

1. Romero, José Luis. — *Latinoamérica: situaciones e ideologías.*
2. Franco, Luis. — *Los grandes caciques de la Pampa.*
3. Franco, Luis. — *La Pampa habla.*
4. Bossio, Jorge Alberto; Gobello, José. — *El atorrante.*
5. Muñoz, Gori. — *Toros y toreros en el Río de la Plata.*

COLECCIÓN NARRADORES

1. Arnoff, Renato. — *Cuentos para niños grandes.*

COLECCIÓN LETRAS

1. Jitrik, Noé. — *Escritores argentinos; dependencia o libertad.*

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO:
EDITORIAL SCHAPIRE S.R.L.

INDICE

PRÓLOGO Y PROMESA

Huelga decir que las breves páginas de este libro no tienen por objeto una recreativa evocación de lo que fue. Ya la historia no puede tener ese objeto. Toda incursión en el pasado que no lleve por finalidad esclarecer nuestro presente y el camino de salida hacia el futuro, no tiene razón de ser.

Los grandes caciques de la Pampa es sólo una especie de primer capítulo de *La Pampa habla*, libro en que el autor se impone una baja tarea que todos han desdeñado hasta hoy: destapar las raíces de la propiedad terrateniente argentina.

Para quienes sinceramente se interesan por averiguar algo sobre los secretos de nuestro pasado y nuestro presente, constituye una especie de fuente de Juvencia del asombro el silencio guardado respecto al acontecimiento más trascendental de nuestra historia: la entrega de nuestro agro a la oligarquía nacional y a sus corresponsales de extramuros, iniciada por Rosas, continuada por el triunvirato Obligado-Alsina-Mitre y rematada gloriosamente por Roca y sus sucesores.

Esta última hazaña no tiene parangón en los anales estratégicos y tácticos de ningún país del orbe: 35.000 leguas cuadradas (¡el equivalente de 2 Suizas, 3 Holandas y 6 Bélgicas y media!) repartidas como tajadas de un melón entre unas cuantas docenas de

patriotas argentinos y compatriotas *honoris causa* extranjeros.

El asunto no es propiamente como lo presentan nuestros textos de historia, ni siquiera como es rememorado por algunos de los militares que intervinieron en la última campaña del desierto, aunque la denuncia del comandante Prado abra al pasar la entraña nauseabunda de la trapisonda.

Ya no podemos tampoco seguir arrullándonos con las sextinas del *Martín Fierro*, que no fue la personificación de un gaucho libre sino la de un ex peón de estancia, según él mismo lo añora (estrofas 23-42, canto II). La sola redención posible del gaucho era trocarlo en patrón de sí mismo poniéndolo a él también en posesión de la tierra: y esto era justamente lo que menos iban a permitir los guardianes del Minotauro estancieril en cuyo favor Hernández escribe, después de su poema, su tratado sobre estancias. El *Martín Fierro*, si se mira a fondo, expresa la protesta de los estancieros contra el gobierno, que en vez de defender las fronteras (que eran las de los propios latifundios estancieriles) enganchando soldados, echando mano de la leva, dejando sin peones a los pobres dueños de las vacas. De ahí que enterrando el ímpetu rebelde de la primera parte, *Martín Fierro* termine con un consejo de cura párroco:

obedezca el que obedece
y será bueno el que manda.

No, los paisanos que integraron los contingentes que lucharon contra el indio debieron obedecer convencidos por el látigo, la estaqueada, el cepo o el piquete de ejecución, y quienes los mandaban fueron tan buenos que esos gauchisoldados quedaron enterra-

dos en la Zanja de Alsina, en los hielos del Sur o en el buche de los caranchos del desierto, aunque los más afortunados se jubilaron como mendigos. En cuanto a los indios que defendían su suelo nativo, fueron alojados en el subsuelo, los más, y los sobrantes premiados con el servicio doméstico o el castrense.

Tenemos, pues, que pasar por la criba todas las versiones del pasado y hacer cuentas nuevas. Las generaciones más recientes exigen una revisión a fondo de toda nuestra historia y nuestra realidad, no de este o aquel personaje, y no desde la extrema derecha conservadora sino de la izquierda demoledora y reconstructora, única Providencia que se compadece de las ruinas.

Si algo se precisa con urgencia entre nosotros es la formación de una conciencia puesta al día, es decir, sincronizada con la hora porque atraviesa el mundo ya harto de expolios y fraudes como Noé de diluvio. Los muros de la historia no pueden seguir indefinidamente tapados por avisos comerciales, religiosos o espiritistas, ni los hombres de hoy pueden seguir permitiendo que quienes los han destinado a menores de reformatorio se permitan aún esgrimir sus propias iniquidades para defender su régimen, como el zorrino usa de arma arrojadiza su propia fetidez.

Nuestras masas trabajadoras y estudiantiles deben aprender sin pérdida de tiempo algunas noticias de mucho antaño, pero aún inéditas hasta hace poco.

Que los secretos de la política de una sociedad de clases no son más penetrables que la tiniebla encarcelada en las tumbas. Que la multiplicación de los panes y los peces, y el sudor y el llanto convertidos en vino no son milagros de los Mesías desocupados sino de las manos proletarias. Que a un gran país

no lo hace la mera geografía, por opulenta que sea, según lo indican la India, patria de un pueblo en catalepsia, y nuestra Argentina de hoy, tan atrasada la pobre, que aún no ha inventado una industria ni una ideología propias, aunque haya inventado el tango, y al menor descuido debe importar papas, harina o ideas envasadas. Y sobre todo, que el solo mapa catastral de nuestro país constituye de suyo un programa de reivindicación impostergable.

Quien aspire a emanciparse debe comenzar emancipándose de sus legañas y telarañas.

EL DESIERTO DEL INDIO

El Chile de la primera mitad del siglo pasado fue también víctima de bandidos, pese a su fama bien merecida de ser el país menos anarquizado de nuestra América. La Pampa era rica en ferocidades de otra índole —las guerras intestinas, los malones y los contramalones—, pero no en la de pequeñas bandas de expolio y homicidio y técnica atroz, como la de los *desuellacaras* (despellejaban el rostro de la víctima para evitar su reconocimiento) como aquél que estuvo a punto de afeitar en seco a un viandante cordillerano llamado Domingo F. Sarmiento.

La más famosa de las bandas de esa época y con pavorosa actuación en ambos lados de la Cordillera fue la de los Pincheira, la mención de cuyo solo nombre obligaba a santiguarse a las gentes. Bien, el mayor Baldebenites (en 1857 militaba en las tropas comandadas por el coronel Emilio Mitre), que gozaba fama de ser la más inatajable lanza de ese ejército de dos mil hombres, era una unidad desprendida de la banda de los Pincheira y pasada al bando de la civilización. Allí en la frontera norte, en leguas más o menos circunvecinas del fortín Cruz de Guerra, al frente de un escuadrón tan ágil como el viento zonda y tan temido como un temblor de tierra, Baldebenites fue el protagonista de un sinfín de episodios que terminaron por volver su nombre tan abo-

rrecido por los indios que éstos evitaban a todo trance encontrarse en su camino.

El baquiano

El coronel Emilio Mitre se hallaba acampado en Médano de Acha, sobre el Salado bonaerense, cuando recibió orden de expedicionar sobre los dominios ranqueles. La empresa encomendada resultaba un poco más peliaguda que el cruce de la Cordillera, pues faltaba el baquiano que debía servir de guía.

El baquiano era casi siempre un indio traidor a su raza o un cristiano traidor a la suya, o un ex cautivo de las tolderías escapado o salvado por obra de la providencia, cuando no un aventurero cualquiera empujado al oficio por una acuidad de los sentidos que frisaba la magia.

Y en la llamada *tierra adentro* la brújula no sirve, no sólo por la falta de mapas o desconocimiento inmaculado de aquellas soledades largadas de la mano de Dios, sino porque la brújula no puede indicar detalles que son de vida o muerte: el lugar donde está, como un alfiler caído en el pajar, la lagunita de agua dulce o el cañadón pastoso o la leña débil o el monte y, no menos importante que todo eso, la ubicación de las tolderías, incontables y separadas por leguas, en que se reparte la sociedad salvaje.

El baquiano debe tener una memoria simplemente milagrosa para retener y distinguir, como las líneas de su mano, cada una de las sendas y los senderos que terminan aprisionando como una red irrompible al que no los conoce. Y tal vez ni eso basta si el baquiano carece de lo primero y lo último: el sentido

innato del rumbo, que el hombre primitivo posee en común con los pájaros, los peces y las bestias. Con ello está dicho que un buen baquiano se da con tanta tacañería como un buen general.

En resumen, que al ejército expedicionario de Mitre le faltaba el baquiano, que era casi como faltarle las municiones.

Sólo uno de los jefes, el coronel Gorordo, siendo soldado de Lavalle diecisiete años atrás, y perseguido por una partida enemiga, había ido a parar a los aduares ranquelinos, donde pasara largas vacaciones. Sin embargo, los conocimientos que tenía o creía tener Gorordo, no eran suficientes, a buen seguro. Mas he aquí que un veterano, condecorado de canas y cicatrices, contó que treinta años atrás, siendo soldado del coronel Rauch, había llegado hasta la arisca patria de los ranqueles, y un gaucho de 25 de Mayo, ex cautivo de los indios, se dejó decir que la Pampa era toda camino y que tirando siempre hacia el noroeste se llegaría a los montes que él conocía como a sus propias manos. . .

Rumbo al noroeste

Los dos mil hombres de Mitre partieron desde Médano de Acha rumbo al noroeste, siempre teniendo como meta la laguna Trenel o del Recado, tan famosa entre los fieles como entre los infieles. Arreando sus ganados y caballos y arrastrando sus cañones, la división expedicionaria caminó catorce días por tierra de pastos y aguadas. No era un paseo, pero tampoco era el purgatorio y mucho menos el infierno. Este comenzó al internarse en la verdadera patria del auca, defendida por la soledad, la sed y el espanto.

Se estaba para mayor penuria en el corazón del verano (el ministro de la guerra que planeó y ordenó la expedición no computó este detalle, sin duda) y los arenales echaban brillo y calor de rescoldo, y el polvo parecía humareda, y las falanges de zancudos y tábanos eran como aliados de los indios defendiendo la patria común.

El 26 de enero llegaron a unos jagüeles casi agotados que fueron excavados de nuevo. El antiguo soldado de Rauch recordó que estos jagüeles eran los mismos que él y sus compañeros habían excavado en días del jefe gringo, y que de aquí a un día y una noche de marcha habían llegado a los montes cayendo como granizo en trigal sobre la indiada. La laguna Trenel tenía que estar muy cerca. . .

La tropa olvidó desconfianzas y fatigas. Bebió, comió y durmió a sus anchas y antes del alba partió y marchó sin descanso hasta las cinco de la tarde, en que se dio orden de alto.

La jornada resultó cosa de alebronar al más pintado. Ni la menor seña de alma o de laguna viviente. Descansaron esa noche, derrumbados por el cansancio, pero ni así su sueño fue parejo, porque ya el corazón quería treparse a la garganta sedienta.

Al promediar el día siguiente ya el desastre comenzó a destapar los dientes, como las fieras o los moribundos, en las caras resecas. Tierras cada vez más altas, arenosas y enjutas. Aquí y allá plantas sin fronda y erizadas de espinas. Hombres y caballos chupados de sudor y fatiga y vestidos de polvo, y un resquemor creciente en las gargantas y los ojos.

Hubo junta. Gorordo dijo que en estos campos no había estado nunca. El ex soldado de Rauch sólo atinó a argumentar que en las batidas de treinta años

atrás contra los indios se marchaba de noche. El ex cautivo de los ranqueles confesó no saber dónde estaba.

Gorordo se adelantó a explorar el frente y los flancos, mientras la tropa acampaba en seco, esperando con el resuello corto las resultas de los batidores. Volvió Gorordo sin novedad alguna, como no fuera la de que se divisaban unas largas sombras tendidas sobre el horizonte arribeño. ¿Los montes indios?

Algunos sabedores se animaron a opinar que no sintiéndose bulla de pájaros en el amanecer no debía haber rastro de agua en varias leguas a la redonda, porque el agua y el pájaro son de igual a igual vida y alegría de vivir.

Al caer la noche se reemprendió la marcha, y a poco andar se pronunció la derrota. Caballos y perros caían sin ruido, asesinados por la sed. Como las caramañolas se habían agotado hacía rato, dos soldados también cayeron boqueando y seis más desaparecieron.

Sólo al amanecer dieron con la ceja del monte y con una charca de agua dulce. Los primeros en llegar se precipitaron como lobos sobre una cierva acorralada. Naturalmente el agua no alcanzó para todos. Los que llegaron tarde alcanzaron a mojarse la lengua o a chupar barro o a embarrarse cara y manos buscando el fresco. Así y todo la represa fue llamada Providencia.

Hubo nueva junta de jefes. ¿Qué hacer? Seguir adelante podría ser quizá la salvación y aún la victoria. ¿Pero cómo saberlo? En caso contrario significaría la muerte sin entierro para todos. Emilio Mitre pensó que volver sobre sus rastros era la derrota, pero no quedaba otro albur de salvación más o menos

probable de las dos mil vidas puestas bajo su guarda. Además, ¿no habían estirado en toda su envergadura la cuerda de la energía, el sufrimiento y el coraje humanos?

(Después se sabría por el baquiano que debía servirles de guía y arribó a destiempo, que los expedicionarios habían llegado a ocho leguas de las márgenes del río Cuarto, y que la segunda noche habían tenido agua a sólo tres leguas de distancia. . .)

El clarín proclamó la contramarcha.

Pero antes habíase arbitrado la única diligencia que podía ayudar a la esperanza. Habida cuenta de la rapidez de halcón de sus despliegues, Baldebenites fue el elegido para la misión providencial: la de elegir entre los caballos sobrevivientes los pocos capaces aún de galope o de trote, cargar todas las cantimploras y los chifles, deshacer en el mínimum de tiempo el camino hecho en tres días y tres noches, hasta Los Jagüeles, y volver sobre el rastro en socorro del ejército en reculada.

Sin esperanza

Esta no fue menos sañuda ni aun con el sostén de esa esperanza. No quedaba, en efecto, mucho margen para la ilusión. ¡Cincuenta leguas de sed, cuarenta horas de codearse con la peor de las muertes, la que llega amadrinada por la fiebre y la locura!

Se tomaron las precauciones más aconsejables: enterrar parte de las municiones, después parte de la artillería. Pero el camino no fue menos vía crucis por eso. Vacunos y yeguarizos caían como hojas quemadas por la helada o pájaros alcanzados por el incendio.

Al día siguiente los soldados comenzaron a no prestar oído a las voces de mando, y al fin terminaron desbandándose y marchando a la de Dios, que es grande. Sólo Gorordo y los suyos tuvieron la suerte de dar con un caldén-aljibe (árbol hueco que la lluvia llena y que los indios señalan con una tarja para reconocerlo). ¡Ciento dieciséis caramañolas y chifles repletos, no de diamantes o perlas, sino de agua, es decir, del néctar de vida, el más delicioso y hermoso que los desagradecidos hombres conocen sobre la tierra! El resto de la tropa seguía luchando por no morir, echando el resto. Las gargantas se volvían ásperas como cardas y dolían como viejas heridas reabiertas, y ya comenzaban a aparecer las flemas precursoras de la agonía.

Así llegó la tarde del día segundo, cuando hacia el oeste el horizonte comenzó a pardear primero y después a emponcharse de nubes que fueron ganando el cielo hasta tapar el sol, y el trueno (acorde celestial esta vez) retumbó mucho más en sus corazones que en sus oídos.

Las inminentes víctimas, seminhumadas por el polvo, tendían las manos, los ponchos o los labios pordioseando un chisguete de lluvia, y la lluvia vino. Gotas pesadas y pausadas que caían como humeando en el polvo y que los soldados, con ojos de alucinación, recogían extendiendo sus ponchos y las lenguas. . .

Pero no pasó a más, las gotas cesaron, y ralearon las nubes, y el sol sacó la cara como si sacara la lengua por burla, y los sedientos no chuparon agua al aplicar sus bocas a los ponchos sino barro y tinta. Habían perecido ya nueve hombres y cinco mil caballos y todos los vacunos y las yeguas.

Al fin, casi en el umbral de la noche, una polva-

reda se alzó frente a los peregrinos del desierto, y un presentimiento inmenso unimismó todos los latidos. ¿Sería el escuadrón volante de Baldebenites? Era... El mundo volvió a nacer y la vida se mostró más edénicamente hermosa y dulce que nunca cuando el escuadrón volante asomó sobre el lomo de un médano cargado de chifles y cantimploras de misericordia.

Así fue cómo Baldebenites, el pavoroso ex compinche de los Pincheira, la lanza más desvastadora de la frontera norte, hizo de samaritana, digo de dadora de agua de vida.

EL CABALLO DEL DESIERTO

Al alzarse sobre el caballo el indio pampa cumplió una hazaña no vista en ninguno de los pueblos aborígenes de ambas Américas: librarse de la servidumbre, por tres siglos, al menos. No fue por cierto un galardón fácil ni menos gratuito. No fue, en efecto, sin un desaforado juego de pujanza y de lanza cómo el mero recolector de frutos o flechador de peces pudo trocarse en cuatrero millonario, o si preferís, en cazador magno de vacas, mujeres y niños cristianos. Para ello debió comenzar por jubilar la flecha y la macana y dar a la lanza y a las boleadoras un alcance desmesurado, hazaña que supone otra no menos inédita: hacer del caballo un proyectil de guerra.

El gaucho, uno de los más irreprochables jinetes del mundo, no tuvo necesidad de ahorrar caballos y menos de educarlos a fondo. La Pampa verde no era sólo el hipódromo sin vallas, sino también el paraíso terrenal del caballo por la abundancia de pastos y de agua, por la benignidad del clima y por la escasez de fieras.

En la pampa india, tan indigente de agua como sobrada de médanos, la cosa era distinta. El caballo no era materia prima para el abuso manirroto. Al contrario, había que cuidarlo, y cuidarlo como a la niña del ojo. Y como vio la ocasión y ventaja de hacer de él el motor de su guerra y su vida, advirtió la

forzosidad de someterlo a una educación extremosa de inteligencia y exigencia. El indio se mostró a la altura de su cometido: hizo del caballo lo que no hizo ni volverá a hacer ningún hipólogo del mundo: un proyectil.

El pampa advirtió desde el comienzo que en la disputa con el cristiano por la posesión de las vacas y otras hierbas, la alianza con el desierto era el argumento decisivo. Ahora bien: para derrotar al desfondado e inhospitalario desierto —antes de derrotar al huinca— era indispensable proveerse de un caballo capaz no sólo de salvar con éxito un medio centenar o un centenar de leguas tan tacañas de agua como de pastos, sino de llegar en condiciones de luchar con éxito y regresar sin demora.

¿Que la exigencia era desaforada y quizás aberrante? Desde luego. Por eso es que el indio debió someter al caballo a un tipo de gimnasia y de educación que duplicase y aún triplicase su poder. Digamos que debió inventarlo de nuevo. He aquí el catecismo de esa hipología analfabeta. 1º) El indio no doma al caballo; lo amansa. Es decir, lo trajina, lo acaricia, lo manosea desde chico; lo habla, lo enrienda, lo ensilla y desensilla sin montarlo. Cuando lo monta, el caballo lo recibe casi como algo esperado, no como un trueno en el oído, según ocurre con el caballo gaucho. 2º) El indio galopa al caballo todos los días y en número creciente de horas. 3º) No lo hace galopar o trotar sobre lo liso y firme, sino con preferencia sobre los médanos, barriales o vizcacheras, o serpenteando entre caldenes y algarrobos, o repechando y bajando lomas pedregosas. 4º) Lo galopa con las patas trabadas, de modo que el caballo aprende a correr a saltos, a lo guanaco o venado. 5º) Ni

el médano, ni el fango, ni la vizcachera lo toman sin aviso ni respuesta. Al revés del caballo gaucho, el del indio no rueda jamás. 6º) Con esa gimnasia sin concesión, ni tregua, el caballo indio termina por desconocer la fatiga; puede cubrir distancias que reventarían a tres caballos comunes. 7º) Como se acostumbra por grados a pasarse días enteros sin probar pasto ni agua, no hay ermitaño ni guanaco más aguerrido para el hambre y la sed que el caballo del auca pampeano; también, como el guanaco, puede beber agua salada. 8º) Caballo hecho a pasarse horas y días atado a un poste, se queda inmóvil como una estaca allí donde le bajan las riendas; el indio puede alzarse sobre él para examinar el horizonte, usándolo de mangrullo o puede dormitar sobre su lomo como sobre una balsa llevada por las aguas. 9º) Ladeándose sobre un costado para equilibrar la carga, ese caballo puede galopar llevando al indio pegado al otro costado, sosteniéndose de su cuello con un brazo y de su cadera con un pie. 10º) Finalmente, entre amo y caballo hay una hermandad no lograda por ningún otro jinete. Le hace tragar puñados de sal. Le saja los ollares para que trague más aire y leguas. Le enseña a no admitir otro jinete que su dueño, a galopar suelto a su costado, a entender su idioma mapuche de voces, silbidos y ademanes.

Caballo innumerable, pues, ya que hace de caballo, de mula, de ñandú, de cama, de mangrullo y puede galopar un día y una noche sin comer ni beber, ni rodar. Examen que no aprobaron tártaros, cosacos ni mamelucos.

Se explica, pues, que los gauchos, creyeran a pie juntillas que el indio había embrujado a su caballo, pues que enfrentarlo al reyuno de los españoles o al patrio

de los criollos era como enfrentar el cóndor al chimango. Y es la explicación central de los éxitos napoleónicos del indio contra la civilización a lo largo de dos siglos.

Todo esto sin olvidar que la economía del pampa se asentaba decisivamente sobre el caballo: éste le dio su potaje de carne, su brebaje de sangre, su bota de potro, su poncho sobado, su toldo de cuero. Formidable peatón había sido siempre el auca; a caballo pudo ir a dónde iba el viento, de un océano a otro.

No se extrañe, pues, que en la pampa india se vieran pruebas hípicas sin precedentes posibles, como aquella que se dio frente a la sierra de Tinta, contada por el mayor Cornell. El cacique Calfiao, sorprendido en su toldería por el asalto traidor de los huincas amigos, consigue escapar y partir sobre su zaino pangaré llevando en ancas a su hijo de 18 años, cada cual con su lanza. Se le echan a la zaga algunos de los gauchos más profundos de las pampas del sur... (Pancho, el Ñato, nada menos, entre otros) le bolean el caballo, lo persiguen tres leguas a través de un inacabable lomaje y terminan aplastando sus fletes: el de Calfiao sigue como si recién se echara detrás de un ñandú... ¿La figura de tamaño caballo? Orejas en pie, ojos como independientes uno de otro, corvejones de guanaco, el cuerpo todo una panoplia de músculos, y vasos ingastables de cavador de leguas. Con pencos de esa laya no es mucho que pudiera hacerse un paseíto de cien leguas.

El indio era un viajero casi desnudo de equipaje, cuando no de ropas y montura. Esta liviandad aguijaba la del caballo. Al trocarse en caballero, el araucano desechó maza, escudo y flecha, pero no sólo acreció hasta los dieciocho pies la estatura de su lan-

za, y en algunas varas el alcance de sus boleadoras, sino que multiplicó por mil su radio de acción. Ya vimos que el caballo le permitió saltar de la pobre economía recolectora y cazadora a la industria millonaria que era el cuatrerismo en las llanuras del otro lado de los Andes. Se explica pues, que el pampa se sintiera en su caballo, como un rey en su trono. "Declara —dijo de él Head— que la actitud más soberbia de la figura humana es cuando agachada sobre el caballo atropella al enemigo." En todo caso, el espectáculo del malón es de la mejor ralea épica, la grandiosidad y el horror lo asisten por partes iguales. Tiene sesenta u ochenta leguas de profundidad, y arriba como si recién partiera. El auca sabe que su galope no es tan veloz como la bala del huinca, pero le gana en alcance mil veces. Lo denuncian desde lejos el alerta de los chajás y la polvareda semejante a humo de incendio. Trae de vanguardia el espanto galopante de ñandúes y gamas, liebres y pumas, caballos y perros cimarrones. Y llega con su alarido tartajoso, es decir, palmeado sobre las bocas (el ruido más macabro escuchado en la Pampa) y con ese olor a indio que espanta, como el cascabel de la víbora, a los caballos cristianos. Su lanza, que usa gorguera de plumas, y a la que imprime un temblor vibratorio que suele hacer saltar los sables y los corazones del adversario, infunde un recelo de peste, pero apenas se quedan atrás sus boleadoras, que son lazo, clava y grillete a un tiempo.

En cualquier caso, el malón equivale casi siempre a la seca, la langosta y el incendio juntos. Cuando se retira deja a la zaga la quemazón y la sangre como el sol deja el bermellón del ocaso.

EL GRAN PAINÉ

Yanquetruz

En 1812 la todavía pequeña tribu de los ranqueles (aunque no carecía de desaforados peleadores) estaba gobernada por Máscara Verde. Un día llegó de Chile el cacique muluche Yanquetruz. Acreditado ya en su tierra como un campeador inatajable, el recién venido fue electo cacique no bien el gobierno tribal quedó acéfalo.

Las fronteras de Cuyo, Córdoba y Buenos Aires no tardarían en conocer los estragos de su lanza.

Cuando hacia 1820 los caudillos federales del litoral terminaron desavenidos entre ellos, el de Santa Fe se entendió con Buenos Aires y Córdoba contra el *Supremo Entrerriano*. Por ese mismo pacto debía ser entregado o desarmado el otro socio de López y Ramírez, el chileno Carreras, que capitaneaba una pequeña hueste de enganchados y aventureros con la que pensaba invadir Chile. Cuando le llegaron ecos del *Pacto de Benegas*, Carreras levantó su campamento dispuesto a intentar la travesía de Melincué a Mendoza. Como precisaba aviarse de recursos para ello, el aspirante a libertador de Chile no trepidó entenderse con los indios ranqueles, sobre la base de facilitarles la toma del pueblo de Salto, cuya guarnición era de 40 hombres, que podía hacer frente a las lanzas, pero no a los fusiles; terminó capitulando, bajo la condición de respeto a las vidas. La mayoría del

vecindario había buscado refugio en la iglesia del pueblo. Los indios hicieron saltar el portón de entrada a golpes de ancas de caballo, y las paredes del recinto sagrado resultaron petisas para contener la marea de la violación, el expolio y el degüello. El mismo Carreras —según el historiador Vicente López—, escribió a su esposa contándole que él había tenido que recoger dos niñas de diez y de ocho años y darles su propio lecho esa noche.

El éxito de los ranqueles fue como un río salido de cauce, y arrastró todos los despojos que pudo cargar. Y doscientas cincuenta mujeres, sin contar los niños, fueron invitadas a trasladarse a la capital ranquel, a través de ciento cincuenta leguas de arena, polvo y espinas.

Carreras podía felicitarse de su Chacabuco pampeana.

El cacique ranquel fue llamado desde entonces grande —*Vuta Yanquetruz*— y Rosas, más tarde, quizá envidioso, lo llamó "el feroz".

En la campaña nombrada del desierto, concebida y regenteada por Rosas en 1833, y militarmente ejecutada por Pacheco y otros jefes, el ejército del Norte, a las órdenes de Aldao, el ex fraile machetero de los Andes, debía aniquilar a la pequeña y bravía tribu de los ranqueles, que podía cortar la retirada al ejército porteño que operaba sobre los ríos Colorado y Negro. Aldao combinó un plan estratégico por el cual los ranqueles o gente del totoral —atacados por el norte desde Córdoba, por el oeste desde Mendoza y sin posible retirada hacia el sur, ya ocupado por el cuantioso ejército de Rosas— debían ser destruidos como langosta saltona en una zanja.

Yanquetruz, conocedor veterano de cuál era la cha-

veta floja de los generales de la Cruz, no perdió la cerduda cabeza. Con velocidad de viento zonda se arrojó sobre el camino de Córdoba. Sus bomberos no tardaron en descubrir la presencia de los invasores. Junto a dos lagunas próximas entre sí, llamadas *Las Acollaradas*, tuvo lugar un entrevero que resultó más largo y sangriento que una batalla y quedó sin decidirse en favor de nadie.

Sólo que el desierto estaba en favor de sus hijos y Yanquetruz supo sacar las máximas ventajas de ese favor trocándolo en alianza, usando su polvo, su sed y su desorientación como armas defensivas, obligando al invasor a retirarse, picaneándole los talones, dispersándole parte de las vaquitas del abasto y los cargueros, cuando no los caballos de pelea.

En la laguna de las Leñitas, no lejos de la del Cuervo, sus emboscados guerreros habían brincado junto con el lucero, sacudiendo sus tacuaras de plumeros rojizos, sobre los invasores, forzándolos a la retirada estratégica.

Eliminado ese peligro del costado norte, Yanquetruz sin pérdida de tiempo y sin ahorro de temeridad, se lanzó hacia el Chadi Leuvú, a dar la bienvenida a las tropas mendocinas y sanjuaninas de Aldao. Con maña tal vez sugerida por Gualicho, las indujo a vagar menesterosamente durante seis meses, con boleto de ida y vuelta, a lo largo del río de salmuera, forzándolas a derrotarse solas. Sus pérdidas sacó él también, pero un día definió las cuentas, cayendo sobre el destacamento que guarnecía el Vado de la Balsa y pasando a cuchillo a oficiales y soldados, con excepción de uno que sabía nadar y cruzó el Chadi Leuvú esparciendo la noticia y el espanto.

Se ha incurrido en injusticia, o cuando menos en exageración, echando el peso mayor de la culpa a las excesivas libaciones de Aldao y a la pompa de general monárquico de Ruiz Huidobro, jefe de las tropas de Córdoba, que hacía la campaña en carroza.

La verdad es que el encuentro de Las Acollaradas fue muy duro para los indios y no demostró, ni mucho menos, que Huidobro fuese más inepto que las docenas de jefes que antes y después de él salieran mal parados ante las lanzas emplumadas. En cambio, como es obvio, el peso mayor de la culpa debe recaer sobre el comandante en jefe de ambos ejércitos de operaciones, don Juan Facundo Quiroga. ¿Es que podían no importarle las depredaciones, peores que ciclón o peste, de los indios sobre las poblaciones civilizadas? ¿O creía que el juego de las tacuaras era cosa de pacotilla, y no, según lo demostraban los hechos, algo tan peligroso como los "pasos de contradanza" de Paz en Oncativo? Dicen que Quiroga se burló acremente de Huidobro alzando los brazos al cielo; "Pero qué caballos van a bastar para un general que viaja en litera!" El vituperio era bueno, sin duda, pero el vituperado podía retrucar a su vez: ¡Dónde se ha visto un general en jefe que dirija sus campañas desde su casa o desde la mesa de juego!

El éxito de Yanquetruz fue bilateral, es decir, completo, o si se prefiere, redondo como mataco bola. He aquí una apreciación de veracidad insospechable, formulada por alguien que combatió contra él, el coronel Jorge Velazco, del ejército de Aldao: "Yo dificulto que en todas estas Américas haya hombres más prontos y de más inteligencia y perspicaz vista para estas

correrías de rapiña que estos indios y al mismo tiempo de más serenidad, intrepidez y cordura para presentarse ante el enemigo con sus armas tan indefensas, cargarlo, confundirlo con su algazara y estrépito, vencerlo con la mayor prontitud..."

Se dirá que el ejército del sur tuvo suerte muy distinta y que si es verdad que su comandante general se atrincheró de este lado del Colorado, sus tropas llegaron hasta el río Negro y sus avanzadas alcanzaron las márgenes del Neuquen, y que Rosas pudo decir al licenciar sus huestes que todas las tierras del sur entre el océano y los Andes, libres de salvajes por fin, quedaban disponibles para la civilización.

Sólo que esto último no pasaba de una ilusión heroica, porque, si bien diezmados y escarmentados al principio, los indios volvieron poco a poco sobre sus rastros.

Ese mismo año 1834 en que el *Héroe del desierto* lanza su proclama de victoria ocurren dos hechos altamente significativos. Por un lado, un cacique recién venido de Chile ataca y destruye a la tribu de los vorogas, con permiso y en combinación con Rosas (lo prueban así documentos del Archivo de la Nación y del Archivo Mitre) y se queda para siempre en las pampas. Se llama Juan Calfucurá y está destinado a ser por cuarenta años la peste de las vacas, los almacenes, las mujeres jóvenes y los niños de la cristiandad pampeana.

Por otro lado, y si bien es cierto que el comandante Delgado, por orden de Rosas, invadió las tierras ranquelinas, también lo es que no logró estrecharle el cerco ni menos la mano al más infiel de los caciques, y que al año siguiente, mientras la legislatura porteña condecoraba a Rosas con la isla Choele Choel por

haber redimido de indios el desierto, Yanquetruz llevaba sobre los pueblos de San Luis la más araucana de sus invasiones.

¿Es que Yanquetruz era invencible? No tanto. El dios del amor, más fuerte que el de la guerra, suele complacerse en domar a los guerreros indomables, sobre todo si los halla un poco ablandados por los años. En efecto, ya en edad avanzada, Yanquetruz se enamoró volcánicamente, es decir, babeando lava —y quería incorporarla a su harén— de Águila de Oro *(Millacalquin)*, doncella de trece años, hija del cacique ranquelino Yanguelén, que la tenía prometida a un cacique de Salinas Grandes. Para evitar que Yanquetruz hiciera lo que David con Betsabé, Yanguelén se trasladó con su tribu a las cercanías de Junín y firmó pacto de amistad con los cristianos que se apresuraron a ascenderlo a teniente coronel, con uniforme y todo. Yanquetruz murió poco después, no se supo si de amor a Millacalquin o de odio a su padre.

Painé

Yanquetruz dejaba como heredero de la vincha de mando sobre todos los ranqueles a su joven hijo Pichuin, aunque reconociendo antes de morir que las únicas lanza y cabeza a la altura de las suyas eran las de *Painé Guor*, o *zorro celeste*, hijo de Cuayqui Guor, nacido en Guada, laguna cercana a Leuvocó.

Con asentimiento de Pichuin, Painé fue elegido cacique general y así fue cómo fundó la *Dinastía de los zorros*, que tanto daría que hacer, a lo largo de cuarenta años, a los generales cristianos, desde Lucero, Aldao y Saá hasta Vedia, Emilio Mitre, Paunero,

Arredondo, Mansilla y Roca, sin contar a Racedo y el rémington, que lograron destronarla al fin.

Painé asumió el poder en 1837.

Al revés del tipo araucano común, era alto, macizo y de enorme cabeza; cierto aire de algarrobo, pese a lo arqueado de sus canillas, como en todo jinete del desierto hecho al caballo, más que a sus pies, desde niño. Cara achatada, pómulos salidos, nariz morruda y medio corva y ojos centelleantes, todo entre orejas de gran contorno de que estaba ufanísimo como signo de buena raza. Su voz era tan vibradora y gigantesca como su ánimo. Vestía uniforme de jefe argentino y gorro de manga negro rameado de oro. Su ferocidad nativa de araucano (y su sed de sangre cristiana, semejante a la sed de sangre de oveja del puma) sólo contradecía raras veces el instinto de justicia y el impulso generoso.

En 1838 Painé convocó en Leuvocó a los jefes de la nación ranquelina y se resolvió tomar venganza de Yanguelén. El ejército se puso en marcha bajo el comando de Pichuin. Pero Yanguelén, avisado por sus espías, dio un enorme rodeo, cayó sobre la toldería de su perseguidor y se llevó cautivos a dos hijos suyos y a Paguitruz, hijo preferido de Painé.

Painé, ebrio de indignación y de aguardiente, capitaneó una segunda expedición, con rapidez de zonda llegó a Loncohué y se abatió sin dar tiempo a nada sobre los toldos de Yanguelén, cuyo sacrificio no pudo remediar lo irremediable: Paguitruz, el futuro Mariano Rosas, había sido ya enviado de regalo al no muy simpático amo de Palermo.

Painé era enemigo del gobierno de Palermo, no sólo por la aparcería de éste con el de Salinas Grandes, sino más, sin duda, por los recuerdos de años

atrás, cuando por atento pedido de Rosas los cordobeses y los cuyanos habían intentado limpiar de ranqueles la tierra. Esa tirria los llevó a Yanquetruz y a él a dar albergue y protección a Baigorria, ex oficial de Paz, y a todos los unitarios que buscaron su amparo. Painé, pese a su ímpetu araucano, tenía, a la manera árabe, una especie de culto religioso de la amistad y la hospitalidad. Terminó por reconocer a Baigorria una independencia de cacique y considerarlo un aliado.

El territorio de los ranqueles

El territorio del califato ranquelino, sito en el centro del mapa de la república, abarcaba quizá más de mil leguas, limitando al norte con los arrabales de San Luis y de San José del Morro, al este con la línea de fortines de la civilización, al oeste con la cordillera y al sur con el dominio de Salinas Grandes, que llegaba hasta Nahuel Mapú.

Los ranqueles ocupaban los lugares más estratégicos de los semidesiertos del centro del país, tanto para el ataque como para la defensa, custodiados, mejor que por fortines, por las distancias sin fondo, las travesías sin agua y los bosques de Nahuel Mapú, Malal, Nanicó, Trapal, Poitahué, Minucó, el Cuero, Trenel y Leuvocó, defendidos por los jaguares.

El dominio ranquel tiene en sus bosques el pasto, la leña, el agua, la sombra y la caza menor, sin contar el canto de los pájaros. En las travesías tiene la caza mayor —guanacos y ñandúes— y sabiendo encontrarla, el agua. Los desiertos ranquelinos son la gran debilidad de la patria ranquel, pero a la vez

constituyen su casi imbatible defensa —una especie de Muralla China, con sus distancias y su sed, con sus guadales de polvo en verano y de lodo en invierno, que sorben como una boa las patas, y en ocasiones el cuerpo, de las reses mayores.

Los desiertos, de puro polvo o puro médanos, a veces, están moteados de islas de chañares, breas, retamos, piquillines y algarrobillos. La selva propiamente dicha está integrada por molles, sombradetoros, coronillas, talas y ni qué decirlo, por el siempre fornido caldén y el algarrobo, gigantesco a veces hasta poder dar sombra a un regimiento, y generoso de racimos dorados suficientes a nutrirlo o embriagarlo. Todo esto sin contar el embrujado influjo de sus lianas y sus víboras, sus jazmines y sus parásitas, y su clavel del aire, que parece la flor de los ángeles y su torcaza, que parece poner en música el llanto humano.

En el seno abierto de los bosques, o en la depresión de los médanos, y cercadas de juncos, totoras y achiras, las lagunas, aguinaldos de estas tierras sedientas: las lagunas, siempre custodiadas por cigüeñas y garzas del color del alba y flamencos del color de la aurora, y navegada por cisnes cuellinegros y patos de todos los colores y cuyo estridor de picos y de alas es el único que rivaliza con el de las loradas en su empeño de escandalizar el silencio de las soledades.

Pero si dijimos que los bosques dadores de sombra y leña son como un desquite de las acérrimas travesías, aludimos sólo a lo que ocurre de día. De noche es otra cosa. De noche el bosque se trueca en el señorial hogar del tigre araucano, de mucho más avería que el yaguareté de los guaraníes y el uturunco de los quichuas. Sin contar que el bosque nocturno es también, y sobre todo, el reino sin fondo de las apa-

riciones y voces del más allá. Y nadie se atreve a penetrar en su seno, como no se trate del cautivo que huye emborrachado por la añoranza de su hogar y su libertad, para toparse sólo con la muerte o la locura.

A su vez, y pese a todo lo dicho, el desierto tiene alma para quien pierde el miedo y busca y halla su hermosura y su amor a través de su conocimiento. Ahí están sus hijos predilectos, el guanaco y el ñandú, con su carne que puede salvar de los ayunos mortales del desierto, y el primero con su lana que conserva un poco de verano en pleno invierno, y el segundo con su pluma que es como nube o cortaderal al viento.

Y ahí está el caballo ranquel, fraguado en colaboración por el desierto y el indio, ese caballo con aire hambreado o agotado y que de pronto, al simple roce del talón o la voz, sale de sí mismo como el relámpago sale de la nube. Porque el secreto de las hazañas del indio lo constituye casi del todo ese caballo que puede galopar sin hundirse —a saltos de gama— por los guadales, y, lo que no vale menos, puede resistir "tres días de marcha hasta llegar a la primera aguada" (Zeballos). Ese *yafucahuellú* o caballo sin fatiga, como llama el indio al que monta en sus peleas, es mucho menos caballo que guanaco.

Frente al indio, las huestes cristianas, o mejor dicho sus generales de ideas envasadas, debían fracasar y fracasaron con reiteración heroica. Se cargaban de bagajes y cañones en lugar de agilizar su tren al máximo, triplicando el número de lomos y remos caballunos, y sobre todo, comenzando por acaudalar el mayor número de noticias del terreno invadido, como una comadre se anoticia de la vida y milagros de su vecina. Es decir, faltaba cerebro cultivado. Porque lo tuvo, el general Paz pudo pulverizar no sólo a Bus-

tos, Facundo y Echagüe, sino a las montoneras más inalcanzables de la Sierra de Córdoba. Pero el caso Paz fue único en nuestra historia y nunca intentó repetirse.

La moral de Zorro Celeste

Ya dijimos que el hijo dilecto de Painé, el joven Paguitruz (bautizado Mariano Rosas) había sido apresado por Yanguelén y enviado de regalo a Palermo, desde donde lo mandaron de peón a la estancia del Pino.

Tamaña circunstancia debía frenar y frenó la actividad militar de Painé, hasta el punto de no dirigir ningún malón personalmente. Arbitró una treta para desatar ese nudo y satisfacer las ansias de su corazón y las de su tribu. Envió ante Rosas al cacique Huinchán con el regalo de varios cautivos, entre ellos algunos de los tomados en 1820 en el Salto. Pero don Juan Manuel exigió, a trueque de la entrega de Marianito Rosas, la del salvaje unitario Baigorria, huésped honorario de los ranqueles.

Pese a todo lo que él perdía o podía perder en este juego, Painé no cedió. Y aquí es imposible no detenerse un momento a ponderar esta actitud del salvaje contrastándola con la felonía de tantos cristianos de la época que llegaron, por interés o por miedo —los dos mayores desmentidos del hombre— a denunciar o entregar a la muerte injusta e infamante a sus compadres o amigos, cuando no a criaturas sin más defensa que su candor.

¡Zorro Celeste negándose a traicionar a un amigo de otra religión y otra raza, pese a que en ello se juega

la recuperación de su propio hijo! ¡Por este solo hecho se vuelve acreedor al olvido de buena parte de sus vicios y barrabasadas y se pone por encima de la moral de la mayoría de los jefes cristianos o indios de su época!

Había otro motivo de desencuentro entre el amo de Palermo y el de Leuvocó. Era la vinculación del primero con Calfucurá, que cultivaba pretensiones de hegemonía sobre los insobornables herederos de Yanquetruz. Por si acaso, Painé mantenía una guardia permanente en Sarihué Mahuida, al sur de la selva del *País de los Tigres*, con el ojo puesto sobre Salinas Grandes.

Sin duda Calfucurá no se atrevió a invadir por su sola cuenta a los ranqueles, sabiendo mejor que nadie los puntos que calzaban y se descuenta que intrigó ante Rosas para sacar las castañas del fuego con zarpa ajena. (Sólo las legañas del interés o de la vanidad pudieron llevar a *Piedra Azul* a esa lástima suicida en que cayeron tantos infieles cristianos o araucanos: poner en balanza de pulpero la causa sagrada que decían defender.) El hecho fue que desde Bahía Blanca y "bajo la protección de los indios *federales de Salinas*", el más gaucho de los comandantes rosistas y el más gigantesco baquiano de su época, Pancho el Ñato, o si se prefiere, el señor coronel don Francisco Sosa, se lanzó sobre tierras ranquelinas y consiguió acuchillar al cacique Pichuin en Nahuel Mapú, sembró la alarma y la pesadilla en muchas leguas a la redonda y regresó arreando prisioneros indios y ovejas pampas. (Como Quiroga, los Reinafé, los Maza, Cullen, José Moreira —el asesino de Maza—, Zelarrayán y tanto otro servidor de la Restauración, este comandante Sosa, según Rivera Indarte,

Hudson y Barbará, también murió por orden bajada desde la *Suma del Poder.)*

Painé, buen diplomático a su vez, buscó despejar aquel peligro siempre pendiente mediante la alianza matrimonial de un hijo del general ranquelino Pichuin con una sobrina del señor de Salinas. La cosa salió y se cruzaron copiosos obsequios y juramentos de ambos lados.

Sólo que Painé creía conocer tan bien a su flamante consuegro como al padrino de su hijo Mariano. No se durmió sobre sus laureles diplomáticos. Un año después, y pesada la verosimilitud de ciertos rumores, en vez de cacarear reclamos, tomó ciertas precauciones militares en la frontera. Desconfiado a su vez, Calfucurá se apresuró a dar ese tipo de sinceraciones que suelen gastar las zorras de su laya, lleven vincha o sombrero de pelo: "¿Cómo pudo creer nuestro consuegro que yo intentaría invadirlo estando allí nuestra hija?"

Parado el golpe, la alianza se mantuvo en pie y no fue ciertamente para bien de la cristiandad en los años que vinieron.

Las relaciones entre Painé y Baigorria zozobraron más de una vez con peligro de irse a pique.

Painé, queriendo tener las manos libres sobre San Luis, buscó asegurarse la frontera de Córdoba. Al efecto, envió a su gobernador una embajada de paz rubricada por un gordo regalo de cautivos. López (Manuel), simple alguacil al servicio de Palermo, contestó exigiendo como prenda de amor la entrega de Baigorria. Éste a su vez mostró al cacique una carta de origen oficial ofreciéndole la comandancia de la frontera contra los indios. No obstante, la alianza

entre ambos sobrenadó a todas las intrigas y malentendidos.

El coronel Baigorria

El coronel Baigorria, ex oficial de Paz, salvóse de ser fusilado por Quiroga, en Mendoza en 1831 por haberse quedado dormido en el calabozo. Después, obligado a elegir entre los indios y la guillotina criolla de Rosas, prefirió lo primero.

Con el visto bueno de los caciques ranqueles, instalóse en 1835 en los montes que rodean la laguna Trenel o del Recado, y en torno suyo fue nucleándose un grupo creciente de cristianos: infelices escapados de la zarpa funebre de la leva o del juez de campaña, meros refugiados políticos o simples prójimos condecorados con un collar de crímenes.

Baigorria, sujeto de legendario arrojo y alto carácter a la vez, organizó aquella masa del único modo factible, es decir, cediendo su parte a la barbarie —como se cede a la corriente al cruzar al sesgo un río— para salvar algún resto de vida civilizada. El anciano don Simón Echeverría, hacía de cura intonso leyendo los oficios divinos los domingos con asistencia de todas las mujeres y de no pocos hombres. El coronel, a quien los indios obsequiaban todo libro requisado en los malones —ya un misal, ya el "Facundo"— hacía celebrar las fiestas patrias con desfiles militares y banderas y corridas de carreras.

Baigorria se trocó en una especie de patriarca o cacique casi autónomo campeando por sus respetos sobre fieles como sobre infieles. ¿Restos de usos civilizados? Algunos. Muchos vecinos construyeron ran-

chos de adobe en vez de toldos. Hilado y tejido, desde luego, y una quisicosa revolucionaria: el abecé de la agricultura. Cristianos e indios practicaron el comercio llevando el producto de sus cacerías o sus pillajes a los pulperos de los pueblos, que se encargaban de pillar y despellejar a sus clientes. En cuanto a su gran protector y amigo Painé, Baigorria lo había iniciado no sólo en el arte agrícola sino también en los rudimentos del arte militar.

Había un aspecto, eso sí, de la vida en semejantes condiciones que no era ni podía ser modelo de moralidad: el de la vida galante. Las cautivas eran esclavas totalmente desnudas de todo derecho, hasta de suicidarse, y como tal se las trataba. El exceso brutal de trabajo, el maltrato de palabra, obra en parte de las indias celosas, la dieta a base de sangre y carne yeguariza, los golpes o caricias (peor estas que aquellas) de parte de sus cerdudos y no inodoros maridos: todo eso tendía a abreviarles la vida o a fomentarles tan visible vocación de suicidio que obligaba a los indios a un ceñido espionaje.

Los indios vendían cautivas jóvenes o de buen parecer a precios de joyería y los cristianos se pirraban por adquirirlas, algunos pacificando su conciencia con un vago argumento redentorista, esto es, de que peor la pasarían ellas en poder de los indios. (También es cierto que no faltaban cristianos de alma y modales más araucanos que los de los autóctonos.)

Sometido a tales inevitables circunstancias y condiciones, el coronel Baigorria en sus veinte años de vida en Trenel se vio obligado a casarse varias veces sucesivas, resignándose a su destino.

Su primera esposa —legalizadas las nupcias por don Simón Echeverría— fue una artista dramática

capturada por un malón en 1835, en el trayecto de Rosario a Córdoba, mientras viajaba a Chile. Mujer de transparente belleza en los toldos, en el Edén o en la calle Florida, pero presa de una melancolía irredimible, se casó por pura gratitud con Baigorria que no sólo la libró del ultraje y tal vez de la muerte, de parte de los bárbaros con riesgo de su propia vida, sino, lo que es más, que la trató con la más versallesca cortesía. La trató después con la delicadeza y los mimos que dicta la pasión a los corazones bien puestos. Sólo que ella vivió en Trenel como ausente de este mundo, tal vez consumida por esa tisis del alma que es la desesperanza pura, y murió sin revelar su nombre.

Baigorria intentó llenar el hueco que esa muerte dejó en su corazón llevando a su hogar cimarrón a Adriana Bermúdez, niña cautivada por Yanquetruz en el Salto, muchos años atrás.

Pero antes tuvo el coronel Baigorria uno de esos ademanes que honran para siempre a un hombre, hasta parecer ascenderlo a padre de los otros. Un día dio albergue en su rancho a Luciana Gorosito, una juvenil cautiva casada en los toldos con un mayor, refugiado político, que acababa de caer sin vida. Pasaron los días, y la viudita seguía llorando sin consuelo, más que su viudez, su libertad perdida y la ausencia de sus padres. Y pasó un tiempo más. Hasta que en una ocasión en que el malón dirigíase a la Guardia de la Esquina, próxima a la frontera de Santa Fe y Córdoba, Baigorria llevó a la mujer consigo, y una noche, al llegar a cierto paraje, le dijo: —¿Ves aquellos fueguitos, allá...? —Sí, parece gente acampada... —Es Cruz Alta, tu pueblo. Eres libre, vete a abrazar a tus viejos.

La libertad se le volcó sobre el pecho ahogada en sollozos.

Hacia 1843 el aduar cristiano de Trenel llegó a adquirir una indudable gravitación no sólo entre los ranqueles sino en Palermo. Bajo la jefatura del coronel Baigorria, llegaron a contarse alrededor de trescientas lanzas, sin contar mujeres, viejos y niños. Ni decir que tamaña Macedonia de gentes —donde eran mayoría las almas de mucha espuela y poco o ningún freno— exigía para su coexistencia o supervivencia un jefe tan audaz, como prudente, tan inhumano como humano. Baigorria era todo eso.

Entre los miembros más espectables de aquella sociedad figuraban los mayores Freites y Lucero, los capitanes Sáa (tres hermanos), Mallea y Gatica, el alférez Ponce y el después romancesco Baldebenitez y Carmen Lucero, lanza favorita de Baigorria.

Los Sáa abandonaron un día el solar de Baigorria pidiendo albergue en el aduar de Painé. Reclamados por su jefe, el gran cacique les contestó que si los entregaba los exponía a la venganza: "Aquí no estamos entre cristianos. Aquí el hombre es libre".

Esta desautorización del coronel Baigorria fomentó sin duda la evasión de no pocos de los cristianos sometidos a su gobierno, la que hizo crisis con la fuga de los propios Sáa. Estos, como algunos otros, se volvieron contra sus ex protectores del desierto. Entonces el descontento contra Baigorria comenzó a hacerse intolerable.

En parlamento general, el gran Painé comentó ante los demás caciques la desalmada felonía de los cristianos refugiados: "Nosotros los recibimos como a hermanos. Han vivido y comido en nuestros toldos.

Y se van robándonos los mejores caballos para guiar a los soldados contra nosotros. . ."

Baigorria, aludido, contestó acusando. . . ¿A quién? Al propio Painé que había amparado a los Sáa en Leuvocó después de su fuga de Trenel. Un estremecimiento recorrió las espaldas de la asamblea — "¡Cristiano! contestó Painé — Rosas me pide tu cabeza y yo se la niego y ahora me insultas — ¡Chezcui! (suegro). ¡Me libre el cielo de insultar a mi amigo y hermano! —respondió Baigorria. Y explicó que el amparo prestado por el cacique a los Sáa había sido el comienzo de las evasiones y traiciones. Y se dejó decir que en la invasión próxima ya se vería si era el coronel Baigorria o no quién iba en la punta. . .

Esta vez, junto con su jactancia heroica, rubricada por su fama, lo salvó sin duda la firmísima amistad de Pichuin, hijo de Yanquetruz, segundo jefe de los ejércitos ranqueles.

Sólo que a Baigorria lo esperaba aún una prueba más dura. Un día, en plena asamblea de las mayores autoridades de la tribu, fue acusado de alta traición a la nación ranquelina, conspirando en pro de Rosas. Baigorria, ausente, llegó de pronto al frente de sus lanceros, medio borracho, y desde su orgulloso gateado overo que refucilaba de plata, gritó: —¡Vivan los ranqueles! ¡Mueran los traidores! El coronel Baigorria no miente nunca.

Y espoleando de nuevo su caballo hasta hacerlo rayar frente a Painé, le alargó un oficio del gobernador de Córdoba ofreciendo a Baigorria, en nombre de Rosas, el cargo de comandante de frontera para luchar contra los ranqueles.

El entregador del oficio, traidor sin saberlo, era

un amigo de toda confianza del cacique mayor y de su hijo.

Un reto de la prehistoria

A los pocos días de la escena de marras, los ranqueles con Painé y Baigorria al frente, cayeron sobre San José del Morro. Se retiraban con un pesado arreo cuando fueron alcanzados por tropas capitaneadas por Juan Sáa —el huésped de Leuvocó durante años— y se trabó una gran refriega de la que Baigorria salió con un fantasmal sablazo en la cara, propinado por Sáa.

Fue poco después de eso que murió Painé. —¡Vuta Painé Guor, el Gran Zorro Celeste! —de repente, cayendo como un árbol tronchado por el viento o el hacha.

Y he aquí que lo imprevisto de esa muerte obrando como una levadura en el alma supersticiosa de los indios o mejor dicho, en el alma felina de Calvaiú, el heredero, atrajo sobre Leuvocó la más escalofriante calamidad de que se oyera hablar en las Pampas. En efecto, fácil al consejo tenebroso de los brujos como al de sus propias entrañas, Calvaiú *adivinó* que la muerte de su padre era resultado de gualicho obrado sobre él por sus esposas en combinación con las brujas y resolvió purgar a su tribu de tamaña infición y se apresuró a perpetrar el escarmiento sagrado.

Las exequias de Painé, dispuestas y ejecutadas por su hijo, lastimaron de tal modo la imaginación de cuantos la presenciaron u oyeron hablar de ellas que su recuerdo heredado quedó como imborrable cicatriz en la memoria de la tribu.

Una populosa procesión llevaba en hombros el ca-

dáver hasta su tumba, a lo largo de un via crucis de más de una legua. Todas las mujeres de la tribu, encerradas como ovejas pascuales en un movible corral de lanzas, integraban el cortejo. Cada ocho cuadras el flamante cacique daba el nombre de ocho mujeres que caían virtualmente sacrificadas mediante un bolazo en la cabeza. Después continuaba la marcha. Así cayeron inmoladas veinticuatro mujeres delante de sus padres, hermanos y esposos, cautivos o no, cuya embriaguez de estupor y horror llegó al tope cuando junto con cinco caballos, diez perros y veinte ovejas del finado, fue entregada también a la muerte y a la fosa común la más joven de las esposas reales, que llevaba consigo un niño de pecho. (Santiago Avendaño, *Revista de Buenos Aires*, t. XV.)

Pavón y la lanza de Baigorria

Quizá no huelga el agregar que, al modo de esos virus que exigen un lapso sin prisa para su incubación, el tajo con que Juan Sáa afrentó el rostro de José Baigorria produjo al cabo de catorce años resultancia trascendental.

Ello fue que después de la caída del archimandón de Palermo, el coronel Baigorria se adhirió de buena gana a su desbancador, con su persona y su hueste bicolor de indios y cristianos. Sólo que un día, y rubricada por Urquiza, recibió órdenes de ponerse bajo las de Juan Sáa, ex unitario y ex rosista ascendido a general de la Confederación. Las recibió como lo que eran: una ofensa personal gratuita. Para lavarla con sangre se pasó con los suyos a la vereda de enfrente, es decir, a la de Buenos Aires, y en Pavón, donde se

definió la lucha en pro de la unificación y organización integral del país, las lanzas emplumadas de Baigorria decidieron la victoria: "Este (el de Baigorria) tuvo la gloria en Pavón de ser el único cuerpo de caballería que peleó con éxito, saliendo reunido del campo cuando el resto de la caballería había flaqueado por todas partes". (Sarmiento: *Obras*, t. XLV.)

CALFUCURA

Araucania

Si la fantasía de los filólogos no falla, la palabra *araucó* viene de *raullcó*, que significa agua estancada. Ercilla recuerda:

> *La regalada cama en que dormía*
> *era la húmeda tierra empantanada.*

Todo ello alude a que en Araucania las lluvias son tan cargosas como en Patagonia los vientos.

Aunque no está descontado que el más remoto *habitat* de las razas indias de nuestro extremo sur sea la Patagonia, más probable parece que fueran indios de origen chileno los que en tiempos de Colón poblaban los Andes australes argentinos y nuestras pampas hasta el río Salado, por lo menos. Araucanos de boleadoras (no querandíes isleños y de flecha) serían, pues, los que, sin retroceder ante los caballos, le tumbaron el suyo a don Diego de Mendoza e izaron su cabeza en alto. Ercilla dejó constancia que los puelches, indios de este lado de los Andes, prestaron ayuda a Caupolicán.

De su condición de guerreros funcionales y ángeles guardianes de su libertad habla claro el que a trescientos años de la conquista y aun después de barridos de este lado de la Cordillera por el rémington, se sublevaron del otro lado en 1882 tan desastrosamente para los cristianos como en 1553, es decir, cuando en

su victoria de Tucapel, decapitaron a Valdivia para que su cráneo sirviera de cáliz en sus borracheras litúrgicas.

En su Chile nativo los araucanos vivían de la industria recolectora y cazadora, aunque también practicaban la alfarería y la tejeduría, por agencia de las mujeres. Peatones incansables, sus tribus alzadas, los aucas, traslomaron los Andes mucho antes de la venida de Mendoza y se desparramaron por las pampas hasta los ríos del Este.

Estos araucanos de la Pampa sabían mucha geografía. Conocían la flora chilena del sur empapada de lluvias y su frecuente piso de ciénagas y la Cordillera con su maravilla y su terror, decimos con su estatura celestial y su encumbrado cementerio de cráteres extintos y sus fríos infrahumanos. Y conocían las travesías desalmadas del oriente, en que el sol hace de ascua y la tierra de parrilla, y donde la luna es dulce y tibia como la leche. Y la Pampa en que el horizonte condesciende al nivel de los umbrales y en que el pastizal es una alfombra sin orillas.

Cuando en su confín aparecieron los primeros caballos, los tomaron acaso por guanacos solípedos, los tumbaron con sus boleadoras, los comieron crudos, y vieron que eran buenos. Después aprendieron a montar sobre el galope. Y eso fue por los días en que las pampas verdísimas del este comenzaban a dar caballos y vacas casi como el mar da olas. La vaquería o cuatrería se les trocó entonces en industria universal y única.

El araucano, saltó pues, desde el dintel de la edad de piedra (la dinastía de las curá parece indicar que la piedra estuvo entre sus totems) hasta el umbral de la civilización. ¿Es que a pesar de su mucho ma-

yor evolución los caballeros de la Ilíada o del Santo Sepulcro eran moralmente menos bárbaros? No, y la razón comenzamos recién a advertirla. En el larguísimo evo tribal y comunal el hombre no era aún el lobo para el hombre. (De su candor edénico habla la actitud de nuestros indios ante los españoles del descubrimiento o la de los polinesios ante sus descubridores de Occidente.) La ferocidad humana aparece aliada al interés, o sea a la propiedad privada (secuestros de los bienes de la comunidad por una minoría) y la civilización se asienta sobre ella.

Ya veremos si la figura de Calfucurá es inferior en humanidad a la de cualquiera de nuestros caudillos de poncho o de levita.

Calfucurá y Rosas

Calfucurá o Piedra Azul era chileno, nacido en Liona, provincia de Valdivia, de familia dinástica, es decir, descendiente de caciques. Se trasladó a este lado de los Andes bajo el primer gobierno de Rosas. Ya no era ningún muchacho, como que andaba por los sesenta o un poco más, acaso.

En carta del 25 de agosto de 1863 al presidente Mitre, le cuenta: "Yo no soy de este campo, pues yo bajé cuando el gobernador Rosas me mandó llamar". (*Archivo Mitre*, tomo XXII.) ¿Mentira araucana? No es dudable que él vino a la Pampa buscando espacio para su lanza y su ambición —para las que su valle andino resultaba asaz estrecho—, atraído por las vacadas innumerables, cuyo mugir y entrechocar de astas se filtraba a través de los Andes. Quizá su

ojo de cóndor entrevistó también el oleaje de pajonales y crines. Mas la verdad parece ser que don Juan Manuel (por razones de diplomacia pampeana, naturalmente) no fue ajeno del todo a la venida de Cafulcurá. "Los indios chilenos —le escribe a Aldao en 1841— fueron llamados por los ranqueles... Cuando éstos les mandaron decir que viniesen a robar, me lo avisaron, pidiéndome al mismo tiempo permiso para venir a situarse en Salinas... Yo creí conveniente dárselo..." (*Revista Nacional 8198*, tomo XXV.)

Calfucurá vino conchabado para perseguir a los indios alzados, informa el general Pacheco a la Sociedad Rural Argentina en 1868.

No es fácil saber exactamente los reales motivos que obraron en la ocasión, aunque no resulta imposible colegirlos. Como diplomático nato y sin prejuicios —al igual de otros gobernantes que vinieron después—, Rosas trataba de usar las rivalidades surgidas entre los caciques en pro de los intereses de los blancos o de su dirigentes. Los jefes indios hacían lo propio. Al permiso otorgado por don Juan Manuel no fue ajeno sin duda la cristiana intención de rebajar o anular el poderío de los ranqueles o de los vorogas.

En cualquier caso la escena ocurrida el 8 de septiembre de 1834 en los médanos de Masallé, descripta, entre otros, por el doctor Zeballos en su conocidísimo libro, rebasó espumosamente los bordes, no sólo del horror, sino de la alevosía.

Concedido por Rondeau, cacique de los vorogas, el permiso que solicitaba Calfucurá para penetrar en sus dominios al frente de una caravana introductora de mercadería trasandina, el cacique y sus jefes vieron aproximarse una densa polvareda en caracol de donde —como de la nube sale el rayo— salieron

trescientas tacuaras y varios cientos de boleadoras a caballo que decapitaron, sin dar tiempo para el segundo grito, a la tribu hermana.

¿Una prueba sin par de la desmelenada y ululante barbarie mapuche? Todo lo que se quiera, pero a renglón seguida vino la prueba no sólo de que Calfucurá calzaba en alcance político y zorrería diplomática tantos puntos como muchos príncipes o repúblicos de fama, sino que sabía frenar su encono o su cólera mejor que no pocos de nuestros caudillos. En efecto, no bien dueño de la situación, decreta una paz octaviana y tiende su mano de protección y amistad a toda la tribu vencida —unas diez mil almas— y, lo que es más, hace honor a sus palabra cumpliéndola al pie de la letra. Al mismo tiempo envía a Rosas, junto con los cautivos y regalos del caso, un mensaje que dice exactamente todo lo contrario del mensaje y los regalos enviados a las tribus de aquende y allende los Andes. . .

Según Antonio del Valle —*Recordando el pasado*— fue su hijo Namuncurá el destacado en la ocasión ante Rosas, en su estancia del Pino, quien correspondió dignamente enviando a su flamante aparcero un presente de trescientas vacas, doscientos caballos y yeguas, aperos, yerba, azúcar y tabaco.

El huésped vitalicio

Establecido en Salinas Grandes, su relación con el gobierno de Buenos Aires se mantiene en equilibrio inestable porque en Calfucurá don Juan Manuel encontró la horma de su bota. Un caso de tantos. En 1837 avanza sobre las pampas del sur una torrentosa

invasión de aucas trasandinos que se vuelven sobre sus rastros arreando cien mil cabezas vacunas. Piedra Azul, alegando su alianza con Buenos Aires, ataca en lugar estratégico a los intrusos, recauda las vaquitas y se las guarda para sí, vista la conveniencia de resarcirse del mellado de sus lanzas. Rosas tiene que tragarse la descortesía.

Ni decir que no muchos años antes, Rosas había destacado sobre Salinas Grandes a sus dos mejores jefes gauchos: Sosa y Zelarrayán. Calfucurá escapó y desplegó tales gambetas de ñandú a través de leguas de travesías, médanos y bosques que le extraviaron las huellas y sus perseguidores se volvieron, y él y Rosas se perdonaron mutuamente y quedaron amigos. Es decir, Calfucurá vendió su paz a buen precio. De cuál debió ser, puede inferirse del que Rosas pagaba a los indios en 1830: $ 1.905.000 (J. M. Ramos Mejía: *Rosas y su tiempo*). Pese a ello, Calfucurá no se queda quieto del todo.

Insistimos en que la complejidad y vastedad de la figura del señor de Salinas Grandes sólo puede entenderse si rompemos con el concepto tradicional de lo bárbaro y no olvidamos la influencia deformante que el contacto de la civilización ejerció sobre él.

Los araucanos creían en los talismanes (¿y qué es la mascota, que se usa aún, hasta por los aviadores supersónicos). El de Calfucurá era una pequeña piedra azul antropomórfica que él encontró siendo mozo. A esa pequeña piedra Caaba de color de mar y cielo atribuía su suerte y su acierto.

Por un lado Calfucurá parece una encarnación sin desperdicio del bárbaro puro, según la idea tradicional aceptada. Su rostro arcaico y su grande estatura son más de patagón que de araucano. De su estruc-

tura dice algo el que pasados los cien años y pese al hábito de empinar el codo, dirigirá la última y más intensa de sus batallas galopando de ida y vuelta delante de sus huestes y arengándolas con torrencial energía. A los noventa años o poco menos, el francés Guinard, su cautivo, lo pintará como representando apenas sesenta, sin arrugas en la frente y negreando aun las crines, aunque recargado de espaldas y chuecas y lentas sus canillas de jinetes nato.

Ni decir que en el engaño como en la violencia puede llegar a cualquier extremo, y no sólo con el enemigo de su raza. Así ha decapitado a la tribu rival, los vorogas, en las personas del cacique Rondeau y demás jefes. Y más tarde hará lo mismo con el cacique Raleif y los suyos.

Rosas decía: "Todo es obra de Dios, que se ve que nos quiere mucho." Pero antes que él, el emir araucano, el comendador de los creyentes de la pampa, viene sosteniendo lo mismo: que todo es voluntad del Vuta Huentrú, el Alah mapuche. Mediante el soborno, Rosas conseguía secretos que le permiten pasar por zahori, y Facundo Quiroga hacíase pasar por adivino y sugería que su caballo moro predecíale la suerte de las batallas y que uno de sus regimientos era de runauturuncos, digo de hombres que podían trocarse en tigres en el momento de la camorra. Bien, Calfucurá se deja sospechar de clarividente y de que es inútil hablar mal de él a escondidas, pues lo sabrá de cualquier modo. Junto a estas artimañas primarias, pero que obran en mentes más primarias aún, maneja recursos enteramente racionales con maestría y ponderación superiores a las de casi todos nuestros repúblicos de poncho o de levita. Casi huelga aludir a algunos de los vericuetos de su astucia, tan innumerables e intrincados

como los senderos del bosque. Se erige en protector de los indios que viven en paz y amistad con los *huincas*, esos hijos pródigos a quienes abomina, pero a quienes facilita, en la primera ocasión, el regreso al desierto hogareño. Da cuenta a sus "amigos" cristianos de tal invasión en ciernes, pero cuidando de que el aviso llegue junto con las tacuaras o después. Fomenta o autoriza malones: si fracasan felicita al gobierno; si triunfan, da el pésame al gobierno, mientras se apresura a compartir el botín con los maloneros. ¿Qué hubieran podido enseñarle Rosas y Roca?

Entre los araucanos, donde el privilegio de la propiedad privada apenas existe, o no ha tomado los tenebrosos caracteres que este posee en las sociedades civilizadas, no puede haber y no hay amos absolutos. El cacique necesita más que nadie, convencer con la palabra, es decir, ser un orador. Calfucurá es ciertamente un Demóstenes de vincha, aun cuando en el caso su resistencia física vale tanto como su elocuencia, pues se trata de debates parlamentarios tan monótonos y porfiados como la garúa araucana o el viento patagón.

Estratego nato, fuera de su afinidad nativa y electiva con la geografía, ha visto con limpidez que el triángulo de la resistencia victoriosa de la causa india en el país son Salinas Grandes, Carhué y Choele Choel. Su última batalla la librará cuando los blancos pongan su mano en este último punto, y él morirá ordenando defender Carhué hasta la última lanza.

¿Atila de las vacas, califa del estrago, la depredación y el incendio? Sí, pero Calfucurá es algo más que eso. Pues se trata no sólo de un ajedrecista de la guerra y la política, sino también del corazón humano. Porque resulta que este bárbaro maneja como un par de riendas el terror y la tolerancia, la amenaza y la

generosidad, y a fin de cuentas se nos ofrece menos devoto de la degollina que don Juan Manuel o don Justo José y menos caníbal que Facundo. Y principalmente porque un cacique pampa no es un autócrata con tufo a sebo de potro, y cualquier medida de guerra o de justicia debe consultarla con sus subordinados, discutiéndola a fondo. De ahí que en el botín de los malones no toma la parte del león y a veces no toma ninguna y prefiere que sus colaboradores se la obsequien. Más que impresión de fuerza y coraje tiende a dar la de sabiduría y justicia. Sospechando que los propios indios, para robarle, han asesinado a uno de sus hijos enviado ante Urquiza, no aplica el castigo sino cuando la *machi* en Chile ha hecho hablar la lengua arrancada por Namuncurá al muerto, acusando al presunto asesino y cuando éste mismo ha confesado su crimen. Salva la vida al francés Guinard ya a punto de ser linchado por los indios. Moribundo, da órdenes para que su lenguaraz cristiano, Rufino Solano, pueda escapar a tiempo.

Calfucurá, Urquiza y Mitre

A fin de tener las manos libres frente a sus enemigos políticos —lo eran cuantos no acataban las campana neumática de su dictadura— y a fin de salvar las vacas del clan estancieril a que pertenecía, Rosas compra la paz a los indios a tan gordo precio que para abonarlo debe ahorrar ascéticamente en obras de salubridad o beneficencia, en caminos o escuelas.

Caído Rosas, suspendido el pago de sus pensiones y divorciado Buenos Aires de la Confederación, los indios se aprestan a sacar el mejor partido posible de la

situación. Calfucurá se pone del lado de Urquiza por dos razones muy convincentes: 1º) porque es el vencedor; 2º) porque la enemistad con Buenos Aires, jauja de los malones, significa una inagotable renta en vacas y caballos.

En cualquier caso, el veintenio transcurrido entre 1858-1872 representa para Calfucurá el auge de su éxito y poderío, y para Buenos Aires el nadir de su desgracia y su bochorno. Y desde luego que tal vez sea menos de admirar el talento batallador de Calfucurá que la casi infalible inepcia de la administración y de los generales porteños.

A dos meses escasos de Caseros, en abril de 1852, el señor de Salinas Grandes puso sitio a Bahía Blanca, saqueó los negocios rurales y se retiró llevando unas cuarenta mil cabezas equinas y vacunas y algunas de ganado humano.

Mitre, entonces ministro de Gobierno, dijo por la prensa que visto que el araucano no se humedecía ni ablandaba con el agua del bautismo (en verdad araucano y cristianismo se excluían como la humedad y el fósforo) se imponía en la discusión "el argumento acerado de la espada".

Como para obligarlo al diálogo, Calfucurá vuelve a las andadas, esta vez sobre los campos de Tres Arroyos y Loberías, y en combinación con los ranqueles, haciendo de las suyas en cuanto a saqueos, hemorragias y cautivos y retirándose con una vanguardia de 130.000 vaquitas (R. A. Allende, *La frontera y la campaña del Estado de Buenos Aires*).

Buenos Aires echa mano de toda su indignación y sus recursos y organiza al fin un ejército destinado a escarmentar de una vez por todas a la langosta de las vacas porteñas. A la creación de la Guardia Nacional

se agregan las levas de "vagos y malentretenidos", es decir, los que la prisa o la ojeriza de los jueces de paz declaraba tales.

La diplomacia y el éxito de Calfucurá socavaban todos los cimientos. En 1855, las tribus de Cachul, Catriel el viejo y Yanquetruz el joven hasta entonces acampadas en Tapalqué, en paz y amistad con los hijos de Cristo, se alzaron al desierto. Un escalofrío recorrió las espaldas de todos los porteños, ciudadanos o rurales.

El propio ministro de le guerra del Estado de Buenos Aires, coronel Mitre, es quien se pone al frente de un ejército de las tres armas y parte hacia el Sur "al galope sobre el empedrado" (D'Amico consigna el detalle) declarando: "Respondo de la última cola de vaca de la provincia" y dispuesto patriótica aunque no filantrópicamente, a "acorralar a los indios o exterminarlos".

Sólo que el resultado de la campaña llevó la alarma hasta el clamor. Con un ejército superior en número y armas al de Catriel, Mitre fue derrotado por éste, y obligado a trepar, para salvar el bulto, a las alturas de Sierra Chica, quedando allí en la situación de un peatón a quien una piara de chanchos del monte obliga a subir a un árbol. La amenaza de Sucio Final aumentó cuando las polvaredas y las chuzas de Calfucurá emboscaron el horizonte. "El número de indios que nos circundaba, sus alaridos salvajes, su ardor, hacían concebir la idea de un contraste." Esto confesó Mitre en su parte oficial, con apreciación muy optimista, pues la idea había pasado a hecho y de hecho a tragedia. Y tanto que, para escapar al exterminio, debió fugar a medianoche, dejando los cañones apagados y los fogones encendidos y los caballos relinchantes, a

fin de disimular la retirada, marchando a pie, de coronel abajo, con el recado al hombro.

Los cronistas e historiadores Zeballos, D'Amico, Vera y González y Antonio del Valle ponderan con crispadas palabras la magnitud del desastre y el espanto que obligó a Buenos Aires a improvisar a gran prisa una *Comisión de Salvación Pública.* Era Roma ante las victorias de Espartaco. ¿Que Mitre, llegado al Azul, reorganizó a prisa sus huestes y volvió sobre el rastro a lavar con sangre y victoria su derrota y su afrenta? No, se va a toda prisa a Buenos Aires a exorcizar el peligro de que sus rivales ahogasen en el polvo del descalabro de Sierra Chica su prestigio electoral. Eso importaba varias onzas más que la suerte de millares de vacas, mujeres y niños cautivos. No nos asombre demasiado. De esta oronda irresponsabilidad militar y ética de la gran mayoría de nuestros ases de espadas —los Rondeau, los Dorrego, los Alvear, los Quiroga, los Bustos, los Carreras, los López, los Lavalle, los Lamadrid, los Urquiza, los Rivas, los Arredondo— está acribillada nuestra historia.

Y, con todo, el descalabro de Sierra Chica no fue sino la primera jornada de un itinerario de fracasos que duró veinte años a lo largo de los cuales los indios gobernaron más que los gobiernos en Buenos Aires, y en buena parte del país.

En septiembre del mismo año más de dos mil lanzas de Yanquetruz caen sobre el pueblo de Juárez. El comandante Otamendi se atrinchera en un corral de palo a pique con sus ciento veinticinco milicianos, y del cuerpo a cuerpo que sigue no escapa uno solo, con excepción del trompa de Otamendi, enviado de regalo a Calfucurá.

Meses después le tocó el turno al general Hornos,

que salió a vengar el desastre de Sierra Chica al frente de un brillante ejército de las tres armas, de más de tres mil hombres. Calfucurá maniobró de tal modo que el propio Hornos eligió para dar la batalla un hermoso pajonal que era un hermoso tembladeral: los caballos indios avanzaron sin tropiezos mientras los caballos de los cristianos huían de ese piso movedizo como de la boca del infierno. El mismo Hornos (Mitre decía de él que "era más lanza que general") sólo escapó por jemes, y perdiendo el sombrero, de una chuza araucana. Después de eso, las oleadas de los malones llegaron hasta las orillas del Salado, es decir, a un par de galopes de Buenos Aires. La frontera de la civilización retrocedió a la línea de los días del virrey Sobremonte.

Perdidas hasta las esperanzas en el terreno militar, el gobierno de Buenos Aires pone toda su fe en el terreno diplomático. Después de mucho ajetreo y saliva obtiene un pacto con Catriel, sobre la base de serle entregados a plazo fijo y sin faltar miaja, 1.200 libras de azúcar, 600 de yerba, 500 de tabaco, más de 200 yeguas para bifes y papel de fumar y harina y aguardiente en cantidad adecuada, y como postre, vino de Burdeos, no de Cuyo.

Calfucurá se niega al pacto de convivencia pacífica, que él adivina una tregua tramposa, y también lo resisten los ranqueles, entendidos con Urquiza por intermedio del cacique, coronel y cristiano Manuel Baigorria.

Por las fronteras oeste y norte de Buenos Aires tampoco las cosas andaban bien. En 1857 los indios de Coliqueo caían sobre Pergamino, llevándose su buena balumba de reses, mercadería y cautivos. Después le tocó el turno al Salto, Bragado, Arrecifes y Saladillo.

Ese mismo Buenos Aires obtiene otros dos épicos contrastes. Son las expediciones del general Emilio Mitre a Leuvucó y del coronel Granada a Salinas Grandes en que el desierto, mucho más que los indios, se encarga de derrotarlos, o mejor, se derrotan solos.

En 1858 los coroneles Machado, Paunero y Conesa descuentan algunas cuentas de este collar de fracasos con ocasionales éxitos en Pigüé, Tres Arroyos y Suárez. Pero eso es poco. Para peor, Calfucurá y Urquiza están en luna de miel. Uno envía congratulaciones y cautivos a San José y el otro plácemes y regalos a Salinas Grandes. Y un día le apadrina, ante la pila bautismal a su hijo Namuncurá. Entre tanto ese año 1859 asiste impávido a sucesivos malones sobre Bahía Blanca, Veinticinco de Mayo, Azul y Tandil. ¿Falta algo más humillante? Sí. Un día, el cacique Millacurá, hijo de Calfucurá, establece en Guaminí un mercado para la venta de cautivos, a dos mil pesos por cabeza.

Urquiza, por su parte, se reduce a consignar en su mensaje al Congreso de Paraná: "Los indios se mantienen en buena amistad con nosotros."

Por estos días de Cepeda es cuando sucede un hecho por demás pintoresco y significativo.

Desde el campo de Cepeda, donde figura en calidad de aliado de Urquiza, Calfucurá, al frente de un par de miles de lanzas, se dirige hacia el sur. Esta vez ha resuelto pisotear al pueblo Veinticinco de Mayo y tal vez borrarlo del mapa. A tan digno objeto, y para tomarse el necesario y merecido descanso, acampa a cuatro leguas del pueblo donde el simple rumor de tamaña novedad (¡el malón erizado de lanzas y alaridos como el jabalí erizado de colmillos y cerdas!) han escapado no sólo las familias pudientes sino tam-

bién la mayor parte de las tropas de la guarnición del fuerte *Cruz de Guerra.*

Entonces ocurre lo que estaba fuera de programa. El cura párroco del villorrio, el padre Pancho Bibolini —un compatriota de Pío Nono y de Garibaldi— montado en un jarifo tordillo y con dos cargueros de tiro corvocados de regalitos de Navidad —(digamos aguardiente, tabaco, patacones y otros chismes)— rumbea al desierto. En Médano Blanco, no lejos del pueblo, se encuentra con el Holofernes de las vacas y las cristianas jóvenes, y después de un arduo y porfiado parlamento ítalo-gaucho-araucano, se llega a un pacto de caballeros: Piedra Azul y los suyos serán huéspedes de honor de Veinticinco de Mayo durante tres días, sin más obligación que la de reducirse a aceptar toda clase de manducables, potables y fumigables y demás homenajes que les sean presentados. El pacto se cumplió irreprochablemente por ambas partes contratantes. *Incredibile ma vero.* Fue el único malón sin efusión de sangre y aguardiente, de alaridos y horror que consigna la historia. (Eugenio González Rodríguez: *Crónica histórica documentada de Veinticinco de Mayo.* Raúl Ortelli: *El último malón.*)

Lo único que viene un día en ayuda de la civilización es que la Confederación de boleadoras creada por Calfucurá comienza a aflojar. Si en Cepeda buena parte del triunfo se debe a Catriel, en Pavón las lanzas indias de Baigorria, ex aliadas de Urquiza, le asestan los mejores botes.

En efecto, las relaciones entre Salinas Grandes y el Paraná han venido enfriándose, y no por razones personales, sino puramente económicas. El cacique las expone así al caudillo gobernante: "Yo deseo hacer la paz con Buenos Aires porque toda la gente se está

aburriendo de no tener cómo hacer negocios con la sal y los cueros". Robar vacas en escala millonaria era fácil; beneficiarse en proporción era algo más arduo. La aduana de Buenos Aires, *sésamo ábrete* de la importación y exportación, iba a resolver el pleito en contra de Urquiza. Y a la larga en contra de Calfucurá.

Pero todavía falta rato para eso. "Es sabido que Calfucurá ha hecho trato para entregar a varios comerciantes del sur de Chile en el corriente año 300.000 vacunos a un peso fuerte cada uno" (*La Reforma Pacífica*, 10 de setiembre de 1857).

Un ejemplo entre mil de las lagunas de la moral y la civilización cristianas.

"Calfucurá hizo la campaña de Cepeda y después de la batalla invadió el partido de Veinticinco de Mayo y hostilizó en toda forma a las fuerzas nacionales que vigilaban los fortines encabezando numerosos malones" (Ricardo Hugg, *La Prensa*, 11 de setiembre de 1959).

De hecho el indio se ha trocado en el demonio ubicuo de la Pampa y el temor al indio en una endemia. Detrás de cada mata de pasto el gauchisoldado o el viajero cree ver alzarse una cerduda cabeza araucana.

Calfucurá trata el primer presidente constitucional con familiaridad de vecino y compadre: "Amigo Mitre". En una de sus cartas (la del 6 de julio de 1864, del *Archivo Mitre*), más que pedirle, le imparte instrucciones: "Digo a Ud. que este mi hijo Namuncurá es segundo mío; tendrá usted la bondad de mandarle avisar al coronel Rivas para que lo reciba como mi segundo general que es. Avísele al cacique Coli-

queo... Cuando mi hijo llegue a Buenos Aires, mande llamar...".

Pero no nos apuremos. Buenos Aires y el país que no tenían hombres, recursos y disciplina suficientes para enfrentarse con éxito al enjambre de seis u ocho mil lanzas indias de la frontera interior, sí tienen ahora energía bastante para enviar contingente tras contingente sobre el Paraguay, es decir, sobre un país infernalmente lejano y malsano y provisto de las mejores armas modernas.

Ni decir que el retiro de las tropas de las fronteras con el indio significó para éste una ocasión de oro. La sombra de la lanza de Calfucurá se extendió hasta el Salado y más acá. "Referir los cuadros de sangre y ruina que los indios produjeron desde 1862 a 1868 en las fronteras del interior y de Buenos Aires sería materia de un libro voluminoso apropiado para acongojar los corazones" (E. Zeballos).

En 1868, no satisfecho de asolar el mapa bonaerense, cayó sobre La Carlota, al frente de dos mil lanzas.

La Waterloo de las tacuaras

Sólo que el tiempo y la historia conspiraban unidos contra él. En 1868 el presidente Sarmiento, consciente como Azara y tantos otros de que la clave de la lucha con el indio dueño del paso austral de la Cordillera está en Choele Choel, manda ocupar esa isla. Calfucurá se siente aludido. (Este diálogo mudo entre estos dos grandes es todo un símbolo).

Señor coronel don Alvaro Barros.

Mi querido compadre y amigo: ...Tengo un sentimiento con usted porque no me ha avisado por este parte de la población que han hecho en Choele Choel... pues me dicen que vienen a hacerme la guerra, pero yo ya también he mandado mi comisión para donde mi hermano Renquecurá, para que me mande gente y fuerzas, pero si se retiran de Choele Choel, no habrá nada y estaremos bien...

JUAN CALFUCURÁ

Fue la causa de fondo. La ocasional, que hizo desbordar el vaso, fue que Cipriano Catriel, respaldado por el comandante Elía —uno de esos jefes de frontera que, al revés de lo aconsejado por Zeballos como gesto patriótico, la historia debe dejar en cueros vivos— atacó y despojó a los caciques Chiquitruz y Manuel Grande. Presentados ante el juez de Azul, pudo más Elía acusándolos de rebeldes, que la justicia, y la gente de ambos caciques fue a parar a Martín García o a las filas del ejército. Calfucurá salió de protector de su raza. Se vino sobre Veinticinco de Mayo e hizo que el cacique Raninqueo, que vivía en paz junto a La Verde, mudase sus toldos al desierto.

Escribió al testaferro del gobierno:

Hoy le participo que el 5 me vine a sorprender al cacique mayor Andrés Raninqueo con toda su indiada, así es que me vine con seis mil lanzas a vengarme de la gran picardía que hicieron con Manuel Grande y Chiquitruz y demás capitanes...

JUAN CALFUCURÁ

Ni decir que, como era justo, para que el viaje y la venganza le saliesen menos onerosas, se volvió a sus toldos arreando el mayor número posible de reses y cautivos, y dejando de recuerdo el máximo número de incendios. El jefe de la frontera sud, general Rivas, debió salirle al cruce, pese a su angustiosa inferioridad numérica. Y he aquí que, sorpresivamente, la victoria se le vino a las manos por agencia de las torrenciales tacuaras de Cipriano Catriel y de los fusiles de repetición.

Calfucurá comprendió que, menos que su extrema vejez, era la civilización quien lo derrotaba y se retiró a sus toldos a morir a tiempo para no sobrevivir a su Waterloo de San Carlos.

Veredicto

Calfucurá fue sin duda un bárbaro con todas las de la ley y no queremos aquí limarle las aristas.

Se dirá que la condición de herramienta de placer y trabajo universal que el araucano asignaba a la mujer no es flor de humanidad ni lo es el que Calfucurá cargara con 32 suegras. Cierto, pero es ejemplo dado no sólo por bárbaros sino también por príncipes cultos y no sólo en el pasado sino aun en nuestro siglo. Menos edificante es el ejemplo de sus funerales en que —según el salesiano J. Tavella— fueron sacrificadas en su honor, junto con sus mejores caballos, varias cautivas cristianas. (Es decir, que en la Pampa del siglo XIX, se volvía a una costumbre asiática de tres o cuatro mil años atrás, y no abolida del todo en la India brahamánica de nuestro siglo).

Frente a esto justo es recordar el testimonio del

cautivo francés secretario de Calfucurá, que dice de él: "Este hombre no fue enemigo de la civilización, pues estaba dotado de impulsos generosos y tenía el instinto de la justicia". Realmente hay materia para el asombro, el saber que el gran bárbaro se dejó instruir con placer en los rudimentos del arte agrícola, recordando que los estancieros de Buenos Aires sentían por ella esa afición que los gatos tienen por la ensalada.

Lo que no pudieron comprender los cristianos de su tiempo y que nosotros debemos hacerlo ahora es que Calfucurá, mejor que nadie, veía y sentía las cosas con ojos y corazón de indio: es decir, que la tierra era de ellos y lo había sido siempre, y que los cristianos, no los indios, eran los intrusos y ladrones. Eso por un lado, y por el otro que nuestra moral de mercaderes y políticos fenicios, de comandantes de frontera que robaban y diezmaban por hambre a sus propios soldados, de guerreros que asolaban las tolderías, violaban a las indias y las esclavizaban después con hijos y todo, nuestra moral no era ni por un negro de uña superior a la suya.

¿No se aliaban los cristianos con los indios contra otros cristianos o los sobornaban para volverlos contra la raza indígena? ¿Se les ocurrió alguna vez educarlos con el arado y el alfabeto (y no con anestésicos cerebrales) para sumarlos a la civilización?

Por eso Calfucurá, al esgrimir la violencia o la astucia y el engaño, alternativamente, no hizo más que usar las armas con que lo atacaban. Y como a través del juego diplomático y de la federación de casi todas las tribus pampas —que fue su primer triunfo y el resorte de los otros— sólo tendía a la guerra de exterminio contra el cristiano, se comprende que él se sin-

tiera un abanderado, no sólo de su pueblo, sino de la justicia humana misma, dado que su adversario era el intruso y el rapaz. Así lo vieron sus gentes y así en cierto modo, podemos verlo hoy los hombres sin prejuicios de credo o raza, bien que la historia da siempre razón a los pueblos de vanguardia, no a los zagueros.

CIPRIANO CATRIEL

Naturalmente, como primeros ocupantes, los indios se sentían dueños legítimos de las tierras que poseían. Se dirá que hacían la guerra a los ganados ajenos. Bien, pero no menos innegable es que los cristianos se extendían como mancha de aceite sobre tierras que nunca habían sido suyas. ¿Movidos por el apostolado de la civilización? No, por la simple mecánica de la codicia. Y ni siquiera se tomaron siempre la molestia de ocultar sus fines. En el *Diario* de la campaña de 1822, por ejemplo, del gobernador Martín Rodríguez, cuyo brazo derecho en la campaña fue Rosas, se lee lo siguiente: "La experiencia de todo lo hecho nos guía al convencimiento de que la guerra con ellos debe llevarse hasta su exterminio".

Los indios, que chupaban algarroba, pero no se chupaban el dedo, sabían esto, y es sólo un alarde de gazmoñería de nuestra parte hacernos cruces de que el indio empate en hipocresía y violencia con sus contendores.

Sin embargo, hubo desde la época de la colonia aborígenes que confiaron o aparentaron confiar en la buena fe de los cristianos, ya sea por conveniencia oportunista o ya porque realmente creyeran en las ventajas de su convivencia con la civilización.

El de la tribu de los Catriel es el caso más memorable en nuestra historia.

Desde el día de 1834 en que un cacique recién venido del otro lado de los Andes, llamado Piedra Azul, gracias a una acción de desaforada felonía y felinidad, decapitara a la tribu de los vorogas, en Masallé, territorio sito no lejos de los suyos, los caciques Catriel y Cachul tenían razón sobrada para temer menos las lanzas y boleadoras del gran tata de Salinas Grandes que sus ofertas de amistad y alianza. Así fue cómo un día arriaron sus toldos y vaquitas y se vinieron a sentar reales en los campos próximos al Azul, a vivir en vecindad pacífica con los hijos de Cristo, y a aprovecharse de sus usos tanto como de sus dádivas. Juan Catriel vio allá crecer sus tres hijos: Cipriano, Juan José y Marcelino. Se dice que el Restaurador en persona se apeó más de una vez frente al toldo del viejo Juancho.

Después de Caseros los flamantes dueños de la situación bonaerense no quisieron o no pudieron pagar el áureo precio que los indios exigían por su coexistencia sedicente pacífica con el cristiano. Calfucurá vio llegada la ocasión de demostrar que la cosecha directa de vacas, mercancías y cautivas era operación mucho más fructuosa para las tacuaras, que la pensión abonada por don Juan Manuel durante tantos años. Juan Catriel se dejó catequizar por el nuevo evangelio y en 1855 regresó con todos los suyos al desierto, y ya vimos que fue él quien derrotó personalmente al coronel Mitre en Sierra Chica.

En 1856 la situación se había tornado tan desabrida para Buenos Aires, que el gobernador Obligado debió trasladarse al Azul. Desde allá mismo el coronel Emilio Mitre escribíale a su hermano Bartolomé, ministro de Guerra, explicándole la necesidad urgente de pactar con los indios, sobre la base de que vinie-

ran a establecerse en las cercanías del Azul. "Para tenerlos a mano, sin perjuicio de degollarlos a todos en una noche". (*Archivo Mitre*, t. XV).

Entonces el gobernador Obligado se entendió directamente con Catriel, ofreciéndole el oro y el moro, pero advirtiéndole que no cayera en el error de creer que era por falta de coraje: "No vas a engañarte y creer que todo esto que te digo es porque tengamos miedo...".

En 1857 Catriel y Cachul se alejaron de Calfucurá y mudaron sus toldos y ganados a los campos sitos entre Guaminí y el Azul. El teniente coronel Rivas en nombre del gobernador Alsina, izando bandera blanca, llegó hasta ellos a parlamentar sobre "las paces". Los indios, argumentando la necesidad de consultar el asunto con Calfucurá, lo hicieron esperar diez días, banqueteándolo con sus mejores pucheros de yegua y brindándole sus mejores cueros de carnero para ablandar su lecho de tierra. Al fin los indios se dejaron persuadir con el argumento de dádivas tan gordas que resultaron irresistibles, no menos que por el esplendor de los grados, uniformes y sueldos militares: general Catriel, coronel Cachul, comandante Yanquetruz.

Calfucurá y las otras tribus prefirieron entenderse con Urquiza, aunque el pacto de los catrieleros con Buenos Aires —según confidencia del intérprete Avendaño a Zeballos— obedecía también al plan general del califa.

¿Cómo se portó Catriel en las vecindades del Azul? "Los indios pampas de Catriel son más fáciles de civilizar rectamente y más dispuestos a recibir la alta educación cívica que nuestras masas rurales y aun las urbanas...". Tal es la opinión de la Sociedad Eco-

nómica del Azul en nota de noviembre de 1870 a la Sociedad Rural Argentina.

¿No resulta un poquito sospechosa, cuando menos, esta ditirámbica estima de la caballerosidad araucana? No está de más recordar las gordas fortunas que alzaron muchos comerciantes de frontera comprando casi por nada los cueros de las vacas robadas por los indios. "No menos desastrosa fue para el Azul la vecindad de Catriel durante muchos años, aunque algunos mercaderes deban su fortuna al pillaje de los indios", advierte Zeballos. "Inventaron las boleadas de avestruces, que eran un malón disimulado". En efecto, se boleaban vacas y yeguas.

Así llegó el año 1872. Junto con la tribu de Cipriano Catriel estaban adscriptas a la cristiandad las no menos importantes de Manuel Grande y Chipitruz, muy holgadas ambas en ganados y prendas de plata. Catriel, entendido con un jefe de la frontera del Azul —que Zeballos no se atreve a nombrar, pero que el coronel Barros llama el coronel Francisco Elía— se resolvió a apoderarse del botín con el concurso de las fuerzas nacionales y lograron su objeto. Manuel Grande y Chipitruz, presentados ante el juez del Azul a reclamar de descortesía tan desalmada fueron apresados y remitidos a Martín García.

Ese desmán era el gran pretexto que esperaba Calfucurá, quien en una vasta cruzada diplomática había conseguido lo que no se lograra antes ni se logró después, o sea la federación de todas las tacuaras de este lado de los Andes: salineros, manzaneros, ranqueles, sin olvidar al más arrojadizo e intangible de los caciques independientes: Pincén. Eso por un lado, mientras del otro la indefensión del gobierno nacional —aquejado por la sublevación de López Jordán,

por una invasión de indios a Santa Fe y otra al nordeste de la provincia de Buenos Aires—no podía ser mayor.

Lograda una magna concentración detrás de las Salinas Grandes, Calfucurá se movió al frente de tres mil quinientas lanzas de pelea —sin contar una innumerable chusma de arrieros y cargueros—, secundado por los guerreros pampas de más renombre: Renquecurá, Namuncurá, Epumer, Cuatricurá y Pincén.

Consignemos, de paso, una opinión de Zeballos referida a la raíz de este conflicto: "Si por amor a mi patria no suprimiera algunas páginas negras de la administración pública de las fronteras y de la conducta de algunos comerciantes, se vería que algunos feroces alzamientos de los indios fueron la justa represalia de grandes felonías de los cristianos que los trataban como a bestias y los robaban como si fueran idiotas . . .".

Este juicio de una autoridad tan competente, aunque parezca asaz severa sólo declara la sencilla verdad. Bastaría no olvidarlo para desconfiar del veredicto de quienes se hacen lenguas de la hirsuta inmoralidad y crueldad de los indios sin poner en el otro platillo de la balanza la moral y la misericordia de sus adversarios.

El coronel Rivas, forzado por las circunstancias se lanzó inspiradamente al desierto con la esperanza de ocupar las aguadas de la ruta obligada del invasor, en la Cabeza del Buey. Contaba sólo con doscientos milicianos. Para colmo de desdichas, los baquianos se extraviaron en las tinieblas, quebrantando al par la resistencia de los caballos y el ánimo de los jinetes. En tal ocasión un chasque del coronel Boer, jefe de la frontera del centro, comunicábale que un millar de tacuaras acababa de situarse en el fuerte de San

Carlos. Con un movimiento de instintiva y precipitada audacia, Rivas logró rescatar a Boer y engrosar así sus huestes, aunque sin llegar a seiscientas plazas. ¿Cómo enfrentarse a Calfucurá? Sólo quedaba una esperanza: la ayuda de Catriel.

Catriel el Viejo había muerto un año antes dejando al frente de los suyos a su hijo Cipriano.

¿Quién era Cipriano Catriel y qué lo movía en esos momentos? "Uno de los indios más arrogantes, hermosos y de salvaje continente que he conocido", dice de él un explorador y hombre de ciencia de la época. Agreguemos que tenía casa en el Azul y que tenía fama de ser "un fanático de las cosas cristianas" y de empujar a su gente en ese rumbo. Aspiraba también al título de general argentino y el presidente Sarmiento se lo concedió, aunque con una ligera travesura de gramática: *cacique general.*

Pero no pequemos de ingenuos a sabiendas. El araucano era tan ducho en esguinces diplomáticos como su adversario de raza y credo. Lo razonable es suponer que toda su cristianofilia obedecía circunstancialmente a su odio a Calfucurá. Sea lo que fuere, Cipriano salvó en San Carlos no sólo el honor de Rivas y de la nación sino la vida de centenares de cristianos, sin contar algunos centenares de miles de vacas y caballos.

La decisión de Catriel fue tan tajante que no vaciló en hacer fusilar por un pelotón cristiano, a algunos indios que se negaban a enfrentarse con los suyos.

De su coraje de guerra no se hable. Rechazado dos veces y a pique de pronunciarse la derrota cristiana, Catriel logró empujar otra vez a los suyos al entrevero, peleando a caballo y a pie, a lanza, facón y boleadoras, con todo el largo de su brazo y su arro-

jo, ya no como un hombre sino como una leona que defiende sus cachorros. Sujeta la larga y brillosa crin con una vincha roja, luchó como diez hombres juntos, y aunque al terminar el combate quedó vestido de sangre, no pudo hallársele una sola herida.

"Entre las bajas sufridas por las fuerzas del gobierno —dice Schoo Lastra— las mayores fueron de las fuerzas de Catriel".

La batalla de San Carlos —la primera victoria de cuenta de los cristianos después de un casi interminable itinerario de fracasos— llamada la Waterloo de Calfucurá, fue también el pronóstico o comienzo de la Waterloo general de todas las huestes indias. En verdad, nunca volvieron a juntarse en un haz de semejante envergadura ni jamás mandadas por un caudillo de tamaño prestigio. Fue, pues, el comienzo del fin del régimen casi imperial de las tacuaras pampas.

Según Antonio del Valle (*Recordando el pasado*) Cipriano Catriel, que era como indio hombre de envidiable estampa, llegó en sus últimos años a tener casas de ladrillo con muchas ventanas en el Azul y a dormir con sábanas limpias y a poseer cuenta bancaria.

Entre Cipriano y el gobierno no faltaron omisiones o trampas mutuas, pero en general se llevaron bien. La revolución mitrista de 1874 vino a complicar las cosas. Cipriano se adhirió a Rivas, es decir, a Mitre, mientras su hermano Juan José se sumaba a las fuerzas oficiales.

Derrotada la revolución, el gobierno resuelve que los indios complicados con ella deben volver libremente a sus toldos. Sólo que en eso Juan José reclama a Cipriano para juzgarlo según las leyes de la tribu. Pero Cipriano no había peleado esta vez contra

los indios sino que se había sumado a una rebelión contra el gobierno. ¿Por qué entonces, tal pretensión? El general Garmendia, jefe de Estado Mayor, se opone a ella. Pero al fin de cuentas la autoridad oficial termina entregando al héroe de San Carlos —¡vaya a saber con qué designios!— solo e inerme a su hermano Juan José, que lo envidia y lo odia, y a los jueces de su tribu.

Cipriano, lejos de apearse de su soberbia, afronta a los suyos:

"Indios de chusma y lanza: Uds. quieren matar a su cacique mayor y comandante general de los pampas, llamado por el Presidente Sarmiento *Cacique General*. El gobierno que tengo lo heredé de mi padre, Catriel Viejo, que lo recibió del Dios de los Incas."

"En 1872 se nos vinieron encima todos los araucanos, que cubrían la tierra y la luz del sol... El general Rivas no tenía más soldados que ustedes, los indios de Catriel, y salimos de los campos de las Nieves como ochocientos hasta el campo de San Carlos y peleamos allí a caballo y a pie, a lanza y bola con Juan Calfucurá. Yo mandaba la derecha y le dije al general Rivas: «Ahora vas a ver, compadre, por primera vez, pelear a los indios a pie»."

"Y en seguida derrotamos a Calfucurá, y entonces vino el general Rivas y me abrazó delante de todos y me dijo que me había portado como un general argentino y que había ganado las presillas de oro que hoy me robó mi hermano Juan José, indio flojo y traidor.

"¡Atropellen y no me vayan a errar porque cuando vuelva a tomar el mando de la tribu los haré fusilar como en San Carlos!" (Julio Costa: *Roca y Tejedor*).

La proeza de Cipriano Catriel en San Carlos, tan encrespada y categórica como una avalancha, debió significar una deuda sagrada para el gobierno a quien contribuyó a salvar y que sin embargo lo traicionó. Lo cual no quita que él a su vez se portara, sin duda, como un traidor a su raza y su causa. El talión debía alcanzarlo. Murió convertido en alfiletero de las lanzas de los suyos, aunque ninguno de ellos tenía su coraje ni estaba, a buen seguro, limpio de culpa alevosa. Era frecuente que indios y cristianos tuvieran el coraje del jaguar, pero también el que llevasen sus manchas, aunque no se les viera.

MARIANO ROSAS

Un ahijado y un padrino

No faltan motivos para desconfiar de la exactitud informativa de la historia. Y ello referido no sólo a épocas más o menos inmemoriales, sino a las casi contemporáneas, como la segunda mitad del siglo pasado. Así ocurre con dos noticias sobre los sucesos de la vida de los pampas suministradas por dos hombres de obvia responsabilidad intelectual y moral y muy autorizados conocedores del drama de nuestra frontera interior y en parte actores en el mismo.

En su conocido libro sobre Calfucurá, el Dr. Estanislao Zeballos nos informa que el cacique general de los ranqueles, Painé, murió en la cama y que su hijo mayor y heredero del mando, el perverso Calvaiú (y para bien de la tribu y sus cautivos, dicho sea de paso) halló muerte anticipada al tirar al blanco sobre un armón abandonado por el coronel Emilio Mitre meses antes. Ahora bien, según Mansilla en su libro *Excursión a los ranqueles*, ese percance le ocurrió a Painé.

De mayor importancia es la descoincidencia entre ambos cronistas respecto a un detalle biográfico del hijo segundo de Painé, Paguitruz, llamado después Mariano Rosas. Según información muy circunstanciada de Zeballos en su *Painé*, el cacique Yanquelén, a fin de librar a su hija de las volcánicas aspiraciones matrimoniales del cacique general Yanquetruz, se al-

zó de las tierras nativas con su tribu y se vino a establecer no lejos de Junín, buscando la amistad y apoyo de los cristianos. Muerto Yanquetruz, los jefes ranquelinos resolvieron castigar lo que consideraban una alta traición de Yanguelén, y al efecto, un fuerte contingente comandado por Pichún, hijo de Yanquetruz, salió con rumbo hacia las tolderías de los expatriados. Sólo que no tuvo suerte, pues, anoticiado por sus espías, Yanguelén salió en expedición a su turno, y dando una enorme vuelta, evitó el ataque y ganando la retaguardia de los invasores, cayó sobre un grupo de familias acampadas en *Epulóo* (Dos médanos), se incautó de muchos caballos y se llevó varios cautivos, entre ellos a Paguitruz, hijo segundo de Painé, que envió como regalo a Rosas. Esto ocurrió en 1838. Pasados cuatro años, Rosas devolvió a su tribu a Paguitruz, después de hacerlo bautizar y condecorarlo con su propio apellido —Mariano Rosas— y todavía agregando algún regalito: "un saco azul fino, dos chiripás, cuatro camisas y calzoncillos, dos pañuelos de seda, dos ponchos, tabaco y aguardiente". Tan filantrópica acción sólo insinuaba una gentil correspondencia: la entrega "vivo o difunto del salvaje unitario facineroso Manuel Baigorria". Zeballos parece haber tomado estos datos de los apuntes del ex cautivo ranquel teniente coronel Santiago Avendaño.

La versión dada por Mansilla, que conversó largo y tendido con el biografiado, es asaz descoincidente. Paguitruz fue hecho prisionero en 1834 junto a la laguna de Langheló, a treinta leguas de Melincué, donde el mocito, con alguna chusma había quedado al cuidado de una caballada, mientras su padre piloteaba un malón muy tierra adentro de los cristianos. Los milicos encargados de la frontera norte de Bue-

nos Aires penetraron en el corazón de la geografía de los pampas, sorprendieron a los ribereños de Langheló, y cautivaron a Paguitruz y a sus compañeros. Conducidos a Santos Lugares, veranearon allí un año, con grillos y todo. Un día, al fin, Rosas, anoticiado que había allí un hijo de Painé, lo hizo bautizar y lo envió de peón a su Estancia del Pino. Allí pasó Paguitruz tres años educándose —el maestro usaba de palmeta un rebenque— en el arte de criar y multiplicar mugidos y relinchos. Aprendió hasta la saciedad que un peón de estancia era un sirviente con espuelas. La añoranza de sus desiertos y sus toldos empezó a cavarlo como una tisis. Y una noche de luna llena, junto con otros desterrados, bien montados y echando por delante una tropilla de trotones escogidos, rumbearon hacia el lejano oeste, buscando primero el Bragado, único pueblo más próximo que conocían, y evitando estancias y puestos. Se perdieron, pero el instinto de orientación, un momento empañado, los alumbró de nuevo. (Más tarde, por una cautiva, supieron que los policianos del Pino los habían seguido con porfía aunque sin éxito por temor a que se extraviaran y sólo para que no fuesen con el adiós en el bolsillo...). En el Puente de Márquez y en Junín lograron pasar sin engorros dándoselas de indios mercachifles que regresaban a sus pagos de tierra adentro.

Siempre a estar a lo referido personalmente por Mariano a Mansilla, el prófugo no tardó largo tiempo en recibir noticias directas de su cariñoso padrino y tutor. Consistían en un regalito de unas doscientas yeguas, cincuenta vacas, dos tropillas de overos negros con una madrina oscura, montura y riendas chapeadas y otras prendas de plata, arrobas de yerba y

azúcar, tabaco y un uniforme completo de coronel federal, y la mar de divisas color degüello. Y también una carta que Mariano debió hacérsela leer en los días de temporal, propicios a la cavilación:

Mi querido ahijado: No crea Ud. que estoy enojado por su partida, aunque debió habérmelo prevenido para evitarme el disgusto de no saber qué se había hecho. Nada más natural que Ud. quisiera ver a sus padres, sin embargo que nunca me lo manifestó. Yo le habría ayudado en el viaje haciéndolo acompañar. Dígale a Painé que tengo mucho cariño por él, que le deseo todo bien, lo mismo a sus capitanejos e indiadas. Reciba ese pequeño obsequio que es cuanto por ahora puedo mandar. Ocurra a mí siempre que esté pobre. No olvide mis consejos porque son los de un padrino cariñoso, y que Dios le dé mucha salud y larga vida. Su afectísimo,

JUAN M. DE ROSAS".

Había una posdata que era mejor que la carta como la cola del pavón es mejor que el pavón: "Cuando se desocupe, véngase a visitarme con algunos amigos".

Como se ve, se trata de un modelo de afecto putativo, pero el indio, de puro huraño, se cuidó bien de ponerse a tiro de su padrino...

Ni decir que mientras su hijo se vio cautivo o en rehenes, Painé a su vez, se cuidó bien de invadir personalmente tierras porteñas. Mariano tomó igualmente sus precauciones cuando llegó a cacique. Consultó a las brujas de la tribu y su horóscopo debió ser comprometedor, pues resolvió no pasarse de la

raya, o sea, no pasar personalmente las fronteras de su dominio, y en la conducción de la guerra reservarse la conducción estratégica, dejando por entero la iniciativa táctica a cargo de los caciques menores.

Un coronel literato y un cacique de poncho inglés

Lucio V. Mansilla, hijo del general del mismo nombre y de una hermana de Rosas, había llegado a coronel en la guerra del Paraguay. Separado del ejército por causas de indisciplina, fue reintegrado a él por el presidente Sarmiento, nombrándolo jefe de la frontera de Río IV a fines de 1868. En marzo de 1870, en ejecución de un plan ideado por él y aprobado por el gobierno, y después de ensayar alguna relación con las tolderías ranqueles, el coronel Mansilla partió rumbo a ellas, rodeado de una pequeña escolta de oficiales, soldados y baquianos, y arreando una tropilla de cargueros.

La importancia de la excursión de Mansilla (su libro es el mejor libro argentino en prosa del otro siglo después del *Facundo*) proviene tanto de la novedad de lo que vio como de lo que él era: no sólo un sujeto largo de coraje y resistencia, sino también un hombre de despejadísima inteligencia y mucho corazón. Y sin mucho corazón es difícil entender y acercar a los perros y menos a los hombres. De ahí, sin duda el calado y la belleza de su testimonio. Hacia 1870 el dominio de los ranqueles —que abarcaba varios cientos de leguas cuadradas— era algo como una confederación de tres estados, gobernados por una especie de triunvirato abierto, en que el primer triunviro —Mariano Rosas, de Leuvucó— era lo

suficientemente prestigioso y hábil para mantener el equilibrio con Baigorrita, cacique de Quenque, y Ramón, cacique de Carrilobo, y salvar la avenencia del conjunto.

¿Título hereditario no discutido? ¿Mentas bien ganadas de hombre de gobierno y de mando? Todo eso no eximía a Mariano Rosas de la obligación de exhibir las tres virtudes primas de un cacique: el vigor, el valor y la baquía. He aquí cómo lo vio quien pudo tratarlo largamente en su casa y en el centro de sus operaciones:

"El cacique general de las tribus ranquelinas tendrá cuarenta y cinco años de edad.

"Pertenece a la categoría de los hombres de talla mediana. Es delgado, pero tiene unos miembros de acero. Nadie bolea ni piala ni sujeta un potro del cabrestro como él.

"Una negra cabellera, larga y lacia, nevada, cae sobre sus hombros y hermosea su frente despejada, surcada de arrugas horizontales. Unos grandes ojos rasgados huidizos, garzos y chispeantes, que miran con fijeza por entre largas y pobladas pestañas, cuya expresión habitual es la melancolía, pero que se animan gradualmente, revelando entonces orgullo, energía y fiereza; una nariz pequeña deprimida en la punta, de abiertas ventanas, signo de desconfianza; de líneas regulares y acentuadas; una boca de labios delgados que casi nunca muestra los dientes, marca de astucia y crueldad; una barba aguda, unos juanetes saltados como si la piel estuviese disecada, manifestación de valor; y unas cejas vellosas, arqueadas, entre las cuales hay siempre unas rayas perpendiculares, señal inequívoca de irascibilidad, caracterizan su fisonomía bronceada por naturaleza, requemada

por las inclemencias del sol, del aire frío, seco y penetrante del desierto pampeano.

"A mí me recibió con camiseta de Crimea, mordoré, adornada con trencilla negra, pañuelo de seda al cuello, chiripá de poncho inglés, calzoncillo con fleco, tirador con cuatro botones de plata, y sombrero de castor fino, con ancha cinta colorada."

Sobre el estilo de vida de los ranqueles en la época de Rosas son invalorables las informaciones de Santiago Avendaño, que fue su cautivo. De no menos precio, si no de más, son los aportes y enseñanzas suministrados por Mansilla no muchos años después.

Se confirma lo que se sabía de fundamental de las tribus araucanas a través del poema de Ercilla, descontadas naturalmente las modificaciones de usos y modos aportados por el cambio de época y medio.

La primera comprobación consignable es la de que, como ocurre en toda sociedad aun salvaje o todavía bárbara en que la propiedad privada no está propiamente establecida, el poder político no se ofrece centralizado en forma absoluta, es decir, el cacique no es un sátrapa, y menos un zar de todas las Rusias o un Juan Manuel de todas las provincias del Plata.

De ahí la necesidad de una especie de duma de todos los caciques y capitanejos, cuando se trata de un problema tan fundamental como el de la paz y la guerra u otros equivalentes.

De ahí también la imprescindibilidad de la oratoria, pues, como Agamenón entre los reyezuelos bárbaros de Homero, Mariano Rosas, cacique general, era sólo el primero entre sus pares, no un amo sin réplica como el de Palermo.

En esta emergencia, la paz de los ranqueles con el gobierno ha quedado prácticamente convenida en

las reiteradas entrevistas entre el cacique mayor y el jefe de la frontera, sólo que el pleito debe ventilarse ampliamente ante la asamblea general de las tribus, porque su visto bueno es indispensable.

Mariano se reveló en ella como lo que debía esperarse: un orador consumado, es decir, un actor en posesión de todos los recursos de su arte, desde la parsimonia sentenciosa hasta el patetismo de la indignación o de la cólera, expedido con voz de Júpiter de los totorales y ademanes de actor italiano.

Mucho hubo de extrañarse el jefe cristiano de que su reciente y al parecer entrañable amigo se mostrara como su más desconfiado opositor en público. La razón de tamaño cambio de frente se la dio en privado su compadre Baigorrita, quien durante la semieterna deliberación no había dicho una sílaba en su favor. Le mandó a explicar por el lenguaraz que un cacique no podía mostrarse en público como amigo y partidario de los cristianos, si no quería arriesgarse a despertar de inmediato la desconfianza unánime de los indios.

De que entre los indios —según ocurre en toda sociedad no civilizada —había más igualdad que entre los cristianos se lo hizo observar Mariano Rosas, y con seño duro, cuando uno de los asistentes del coronel recibió de éste orden tonante de zafar de la carpa. "Cuidado, hermano, aquí todos somos iguales".

Ciertamente que esa era sólo verdad a medias, dado que el antiguo igualitarismo tribal estaba ya más o menos averiado, sobre todo desde su contacto con la civilización y su estrecho escalafón de rangos sociales. En efecto, entre los indios se ponían ya a la vista los resultados del comienzo de apropiación privada de los bienes de la comunidad: podía hablarse también

de indios ricos y de indios pobres. Y así era cómo la práctica de la poligamia —como entre los árabes— estaba reservada a los pudientes, es decir, al cacique y a los prohombres de la tribu. A los muy pobres no les alcanzaba ni a razón de media mujer por cabeza, y como no era de uso la venta de caricias, debían consagrarse a ese virtuoso celibato aconsejado por San Pablo en sus Epístolas. En cambio, cuando Mariano introdujo a Mansilla en el seno de su familia, éste pudo comprobar que el cacique, superando por una unidad a Mahoma, hacía el gasto de cinco esposas.

Respecto a su conducta frente al celo igualitario de los indios, Mariano le hace a su amigo dos sugestivas confidencias. Le cuenta que los cristianos han querido hacerle casa de ladrillos, negándose él por miedo de que sus indios crean que se ha vuelto comodón y flojo e imitador de los cristianos. Pero no le dijo lo que era obvio: que el demagogo que hay en todo caudillo no se arriesgaba a desafiar el resentimiento o la envidia de sus secuaces.

Como el delegado de la civilización le llevara algunos obsequios a su bárbaro amigo, éste le dijo: "Para que vea, hermano, cómo soy yo con los indios, delante de Ud. les voy a repartir a todos. Yo soy así; cuanto tengo es para mis indios... ¡son tan pobres!"

Dos morales sin hoja de parra

En nuestro tiempo el curioso de nuestro pasado y de la vida de los indios suele verse en una real encrucijada en que no sabe qué camino tomar. Por un lado, y de acuerdo con la popularísima versión difundida por el *Martín Fierro*, el indio era una especie

de panoplia de todas las crueldades, brutalidades y menguas, sin más descuento que el de su coraje y su baquía. Frente a tal criterio, no faltaron —hoy sobre todo— quiénes crean distinguir en el pampa cualidades nada desdeñables y hasta un estilo de vida superior, en algún aspecto, al del paisano de la época.

Puestos en el caso de formular un veredicto menos apresurado, adelantamos la sospecha de que los dos pareceres anteriores padecen un poco de simplismo o de inocencia. Así suele pasarse por alto un detalle muy de bulto: que los indios pampas de tiempos de Alsina ya no son exactamente los del tiempo de Rosas. Ya no andan más o menos desnudos, y los caciques visten habitualmente como gauchos acomodados, cuando no lucen uniforme de coronel.

Mansilla vio que si bien la residencia del cacique Mariano seguía siendo un toldo de cuero, ofrecía muestras de aseo y comodidades (asientos, camas, platos, tenedores) que solían faltar en el rancho del paisano de la época.

No menos cierto que lo anterior es que si bien en el toldo de Mariano no se ponía en cuarentena a la higiene y el uso del baño no era vedado ni en otoño, no menos cierto es que en el común de los toldos, el olor a sebo rancio reemplazaba a la alhucema, y, lejos de ser un proscripto, el piojo formaba parte de la ganadería menor, y a veces de la cocina araucana. . . ¿Abominaciones de salvajes e infieles? No tanto. Mantegazza, que visitó nuestro país allá por la década del sesenta, refiere que en ciertos pueblos de Santiago del Estero y de Corrientes no se tenía en menos el sabor del piojo, y Bertrand Russell y muchos otros recuerdan que en el Medievo, el baño fue excomulgado

como cosa pagana y obscena y los piojos fueron llamados "perlas de Dios".

Como todo bárbaro auténtico, el ranquel era brutal y cruel casi con inocencia. Podía dar o recibir la muerte como quien se emborracha. Muchos de sus usos y modales eran linajudamente cavernarios. En algunos de sus juegos los celadores usaban el látigo para levantar el entusiasmo decaído de los participantes. Podían beber sangre humeante y manducar carne cruda como pumas auténticos. Una de sus diversiones favoritas era el *loncoteo*, consistente en que dos amigos se tomaban amistosamente del cabello y tiraban de él hasta romper el equilibrio o hasta que se hinchaba el cuero cabelludo. El propio Mariano Rosas se lo propuso a Mansilla como la prueba mejor de una amistad sincera y fraternal.

No es menos cierto que en su trato con el adversario de guerra o con el cautivo no tenía piedad ni misericordia. ¿Pero es que las guerras civiles del siglo pasado, aquí o en España, fueron modelos de piedad evangélica? ¿Es que la ternura de los cristianos o la de los mazorqueros era más lechosa que la del malón?

Y sin embargo, cuando Mansilla no ocultó su asombro viendo matar una vaca de un bolazo en vez de degollarla, la explicación fue: "Para que sufra menos". Y si bien en este otro caso la explicación no está en escrúpulos de la sensibilidad, sino en la necesidad y la ventaja, no es menos cierto que el indio trataba al caballo con mucha más inteligencia y paciencia que el gaucho. Mariano Rosas amansaba y educaba a sus caballos personalmente.

Sin duda alguna el aspecto de las tolderías más vomitable para nuestra conciencia de hijos de la civi-

lización, es la poligamia de los indios y el trato inferido a las cautivas y también a las indias.

He aquí, al caso, esta observación de un historiador de hoy: "El progreso decisivo realizado entre los años 4000 y 3000 a.C. consistió en traspasar la carga de las espaldas de las mujeres al lomo de los asnos en el Nordeste de Africa o a carretas tiradas por bueyes en Asia Anterior". *(Gordon Childe.)*

Como en todos los pueblos salvajes, entre los araucanos la mujer era la bestia de trabajo, absolutamente de todo trabajo, hasta el de carnear las reses o parar el toldo o cortar la leña, pues la tarea heroica del indio se reducía a la guerra y a la preparación de la guerra. ¿Qué podían esperar las cautivas?

Sólo que cuando el ejército cristiano asaltaba los aduares, la cara de la suerte era la misma: violencia y violación, genocidio y cautiverio.

También es explicable que los indios favorecieran con su preferencia a las cautivas, dado que al imán de la novedad se agregaba el del misterio estético, que obra hasta en la zoología: "Ese cristiana más blanco, más alto, más pelo fino. Ese cristiana más lindo".

No olvidemos que Mariano presentó al visitante su juego de cinco esposas, entre indias y cautivas.

Al revés del gaucho, que era generalmente sobrio, y llegaba raras veces a la borrachera total, el indio bebía no sólo hasta la saciedad, sino hasta el delirio, el desbordamiento y el asco. Bebía como cae nieve en la Cordillera o corre viento en la Patagonia.

¿Quién se ha preocupado de curiosear las causas de este déficit espeluznante en un tipo que era un modelo de esfuerzo y contralor en la guerra con el cristiano? ¿Qué era lo que el indio buscaba olvidar

o ahogar en la alcoholización implacable e interminable? ¿No era la angustia creada por su inseguridad frente a la civilización, algo como el presentimiento del Juicio Final de su raza?

Fue una prueba clara de respeto por su huésped y de respeto por sí mismo el que Mariano Rosas evitara beber en público, es decir, mientras la orgía rugía y babeaba espumarajos como un dique roto.

Por encima de todo hay algo que constituía como la definición constitucional del indio pampa: era su condición bilingüe de ladrón y pedigüeño. Tan funcionalmente ladrón, que había hecho del robo al cristiano su industria única.

Y si bien esta piratería profesional podía explicarse como un talión esgrimido contra la usurpación sistemática de tierras por parte del cristianismo, no había justificación para el hecho de que los pampas se robaran entre ellos con el mismo fervor apostólico.

¿Había sido ese su estilo de vida en el Arauco originario? No, sin duda. Entonces lo que no es justificable parece explicable, al menos. Fue sin duda la tentación del cuatreraje millonario y fácil —fomentado por la angurria mercantil de los cristianos de ambos lados de los Andes— lo que llevó al auca a olvidar parte de su tradición de pueblo cazador y pescador, alfarero y tejedor, recolector de frutos y sembrador de patatas. En parte, repito, pues las mujeres pampas seguían siendo hiladoras y tejedoras, y en los convites que los caciques Mariano, Baigorrita y Ramón ofrecieron a Mansilla figuraban el choclo, el zapallo y la sandía. Es decir, manteníase o se incorporaba un comienzo de práctica agrícola. Y Ramón era un eximio platero.

¿Qué hubiera ocurrido si la civilización llamada

cristiana, con buena intención y comprensión que nunca tuvo —ni aquí ni en el Perú o Méjico— se hubiera empeñado en educar escolar y socialmente a los pampas, transformando su fabulosa energía y disciplina para el arte de la guerra en levadura para las artes de la paz?

Escuchemos este diálogo entre el coronel Mansilla y el cacique Mariano Rosas.

Mansilla. — Hermano, los cristianos han hecho hasta ahora lo que han podido, y harán en adelante cuando puedan por los indios.

Mariano *(con visible expresión de ironía).* — Hermano, cuando los cristianos han podido nos han matado, y si mañana pueden matarnos a todos, nos matarán. Nos han enseñado a usar ponchos finos, a tomar mate, a fumar, a comer azúcar, a beber vino, a usar bota fuerte. Pero no nos han enseñado a trabajar. . .

PINCEN

Varias circunstancias hacen de Pincén un tipo aparte entre los caciques de más largas mentas de la Pampa. En primer lugar, al revés de sus colegas que heredan al cacicazgo de sus nobles antecesores, Pincén, salido de la plebe anónima como Bonaparte, se inventa su propia corona o vincha real, crea y enclava con desgreñado desafío su principado de Mónaco entre dos anchas monarquías: la de Salinas Grandes y la de Leuvocó.

El otro rasgo definitorio es que Pincén, al revés de Painé, Calfucurá, Mariano, Catriel, Saihueque, Námuncurá o cualquier otro de los califas de la Media Pampa, no pactó jamás con los gobiernos cristianos, es decir, no estiró jamás la mano felona al felón adversario para recibir manzanas con gusanos adentro. Tampoco traicionó nunca su persona disfrazándola con uniforme castrense. Se quedó con el chiripá y la bota de potro.

Por otra parte, y pese a lo reducido de su dominios y su tribu, no prestó vasallaje a los salineros o a los ranqueles, y cuando se unió a ellos lo hizo en rango de aliado: en 1872, cuando la batalla de San Carlos, en que, pese a la derrota, la indiada se lleva cerca de cincuenta mil reses vacunas y yeguarizos, y en 1875, con Namuncurá, en que las tacuaras refluyen arrean-

do trescientas mil cabezas de ganado y quinientas de cristianos. . .

Y últimamente, la prosapia india de Pincén también es discutible. El se llamaba Pincén (de pin-then, amante de sus antepasados, como el rey egipcio Ptolomeo llamábase Filopater o amante de su padre) y decía haber nacido en Carhué, aunque corrían mentas de que era hijo de cristianos de Renca, pago puntano, y que había sido raptado por un malón cuando niño. En cualquier caso, su aspecto no era de cerduda fiereza araucana. No: ojos y pelo de cristiano en un cuerpo menudo y seco.

Eso sí, había coincidencia general sobre un detalle: en que no era fácil dar con indio o gaucho tan cabal. Baquiano del desierto de día como a medianoche, su sentido de orientación era el de las aves. Distinguía el timbre de todos los cencerros y relinchos. Por noticias de detrás del horizonte olfateaba el viento. Si rastreaba, los ojos se le volvían lupas. Educados según la pedagogía bruja del indio, sus caballos que no rodaban nunca y se burlaban lo mismo del fangal, el médano o las bolas, que del cansancio o del hambre. A pie, su facón podía jugar con tres o cuatro sables cristianos a un tiempo. A caballo, su lanza trabajaba con la esmerada precisión de una aguja de bordadora. Las bolas, disparadas por su mano, eran como fusil, lazo y vizcachera a la vez. ¿Su modo de entrar en la refriega? Como si tuviera, no una, sino varias vidas de repuesto.

Conocía tan bien como sus propias crenchas, su pampa cristiana, ondulante de pastos y crines y donde el horizonte condesciende al nivel de los umbrales, y su pampa india chapada de salinas o erizada de dunas y árboles espinosos. Sabía hacer fuego aun en el peor

tiempo —llovizna, viento o nieve— y aún con huesos o bosta. Y cuando era preciso, podía defender de la helada su sueño con sólo el poncho y olvidarse de la sed y el hambre como otros se olvidan de sus deudas.

El coraje, el vigor y la astucia de Pincén eran tres personas distintas y un sólo demonio verdadero. En el voraginoso ciclo de su vida individual, resumía él la biografía entera de su raza.

El araucano del siglo XIX era un bárbaro inmunizado, y no por su gusto, a las ventajas de la civilización, pero averiado por los vicios de la misma y por su gran salto desde su condición de recolector de bulbos, frutos y bichos silvestres a la de cazador millonario de vacas y caballos. Eso sí, salvó sin deterioros su intangible espíritu de independencia, y eso fue lo que lo mantuvo aquí en la Pampa hasta su último día a caballo sobre el decoro viril en torneo de iguales contra la raza opresora, mientras en el resto de América su raza estaba ya por debajo del nivel propiamente humano.

Eso fue posible sólo por su condición de caballero en el sentido originario. Y por eso se vio obligado a hacer del caballo una herramienta y un arma como no conocieran partos, tártaros ni árabes. El caballo indio podía galopar con freno o sin él —cruzar médanos, barriales o arboledas sin advertirlo ni mermar el aire, —comer lo que hallara o no comer—, beber aguas infectas o salobres— tapar cincuenta u ochenta leguas en tiempo sólo permitido a los pájaros, —aguantar a su jinete volcado sobre uno de sus flancos para hurtar el bulto, —quedarse de plantón haciendo de mangrullo menor para que su amo revisase el horizonte—. Esas y otras minucias más, como la de servir de bocado y de trago a su jinete cuando era preciso. . .

Puesto a tiro, el oficial descerraja su arma y el cacique se viene al suelo. Echando pie a tierra el cazador se arrima a su presa: —¿Estás muerto, Pincén?— Encogido no más estando —y con un salto sesgo de puma o relámpago empujando su facón, atraviesa al confiado.

No pasa mucho tiempo y Pincén vuelve a las andadas. Por el momento se reduce a bromear con su adversario. Unos cuantos corderos que pastean al pie del Fuerte, esperando un día de fiesta o de visitas, no amanecen una mañana. Poco después sus cueros aparecen adornando las ramas de un tala.

Otra broma —y esta ya con sonrisa de calavera— es la que cuenta el comandante Prado. Cuando la derrota de los sublevados de 1874 en la Verde, incontables caballadas quedaron en poder del gobierno. Villegas separó unos seis mil trotones y de entre ellos eligió unos cuantos cientos, por el vigor y la altivez, y prefiriéndolos blancos o tordillos. Cuidados más que los otros caballos y reservados para ocasiones mayores, "los blancos de Villegas" eran tenidos por el crédito del regimiento y su fama llegó hasta las tolderías.

Los indios supieron o adivinaron que aquellos pingos habían sido elegidos más por su caracú que por su pelo, aunque Villegas, como el viento de la Cordillera, tal vez quería dar al espanto el color de la nieve.

Pero un día los blancos desaparecieron de los corrales de la tropa como desaparece la nieve pisoteada. La vida del sargento y los soldados a cargo de la guardia quedó colgando de un pelo. Cuando previas las medidas del caso, el coronel ordenó la recaptura de la caballada perdida, su humor era el de la tigra que

echa de menos sus cachorros. Y menos mal que todo salió a pedir de boca, gracias a la suerte y a la temeridad de los recaptores y también a que esta vez la precaución del cacique no estuvo a la altura de su baquía y su coraje. En efecto, un escuadrón de Villegas pudo llegar de sorpresa hasta los reales de Pincén, incendió parte de sus toldos, recaudó los blancos famosos y trajo, como abrojos de sus colas, algunos niños y mujeres de la tribu. Poco tardó la indiada en masa en dejarse ver a cierta distancia del Fuerte amagando una carga. Villegas mandó poner en fila a los cautivos frente a un pelotón de fusileros. Pincén, tasando a Villegas por su propia entraña, adivinó que la amenaza iba en serio y optó por contramarchar sobre sus huellas.

Hasta que Villegas resolvió un día jugarlo todo a cara o cruz y adentrarse en el corazón del desierto indio. Llegando a Pihuen-Hué, destacó al mayor Solís con sesenta hombres sobre Malal, paraje sito a tres leguas al N. O. de Vuta Lauquen. Días después, en Loncoché, Solís sorprendía los primeros toldos. Al otro día llegaba a Laguna Grande. Un enjuto oleaje de dunas rodeando una Canáan de pastizales y árboles indígenas. Allí acampó Villegas. Solís siguió adelante y se acercó a Malal. Un indio capturado en el camino chismeó que allí estaba la toldería del cacique. Malal: agua dulce y a rodo, tierra de regalía, pastos de lo lindo lo mejor, todo guardado por una cerca de caldenes, chañares, espinillos, molles y algarrobos, algunos de troncos rollizos como pipas, trenzados de enredaderas en flor. El edén salvaje de Pincén por esos días.

Los invasores se fueron arrimando, agazapados y enfrenado el aliento, sin más ruido que el de los co-

razones aprisa, como el que cruza junto a un jaguar dormido. Dormido estaba el buscado, y cuando la soldadesca rodeó de sopetón los toldos y creyó reconocer al cacique en un jinete que huía con un niño en brazos, se le echó a la zaga... ¿Darle alcance? Veíanlo, sí, de cuando en cuando, subir al galope las lomas en su soberano zaino, a veinte cuadras, para desaparecer de nuevo. Sólo que el rumbo le fue fatal llevándolo de las brasas a las llamas. Al divisar en Vuta Lauquen el campamento de la milicada debió decirse que la suerte lo había vendido a los huincas platudos.

Cuando los zagueros traspusieron la última loma vieron que el caballo de Pincén huía sin jinete. ¿Había rodado, hiriéndolo o matándolo? ¿Era una nueva treta? Se dispersaron ojeando jeme a jeme el alto pastizal inacabable. ¿Dónde? Como buscar un clavo en la arena. De pronto algo se movió junto a una mata. Era un niño. Fueron acercándose lentos, con el dedo en el gatillo. Al fin... Pincén. Estaba dormido o muerto. Cuando se sintió alzarse de gatillos, resucitó de golpe abrazándose a su último hijo como queriendo escudarlo contra las balas.

Al serle presentado a Villegas dijo: "Acabando Pincén. Ahora podís mandarle cortar cogote". (Otros varían la frase.) Villegas le dio seguridad de vida y mandó quitarle las amarras del tiento. Llegado a la guardia de prevención y al ver preso y humillado a su señor, sus mujeres e hijos alzaron en coro el llanto, tirando sus dijes y collares o arrancándose el pelo.

Alguien le preguntó: —¿Por qué te separaste de Calfucurá? —Porque soy indio argentino y Calfucurá es vorogano de Chile, usurpador de nuestra tierra.

Y otro: —¿Cómo siendo tan valiente y buen gau-

cho te dejaste tomar dormido? —Porque a todo hombre le llega su hora. . .

Remesado a Buenos Aires, con destino a Martín García, al llegar a la estación, final, la plebe allí presente lo aplaudió con largo brío, quizá adivinando que, por encima de razas, lenguas y credos, un destino de derrota liga a los desposeídos.

Cuando Pincén se apeó de su caballo y su lucha tenía setenta años, quince mujeres (una sobrina de Arredondo entre ellas) y un tumor en la rodilla.

SAIHUEQUE

Prehistoria del Nahuel Huapi

Los indios chilenos contaban a los españoles de la conquista de un lago tan desaforado y azul que era como un hermano mellizo del firmamento incrustado entre bosques tan verdes como la infancia de la hierba.

En 1552 Villagrán, capitán de Valdivia cruzó la Cordillera por el paso de Villarrica y llegó hasta el Río Negro, pero aunque venció a los indios, tuvo al fin que retroceder ante sus flechas de ponzoña más fúnebre que la de las víboras. En 1602 Villarica fue destruida por los oriundos de la zona. En 1649 el capitán Diego Ponce de León emprendió una vasta expedición cinegética contra los indios puelches de la falda oriental de los Andes y se llevó unas trescientas piezas vivas... Lo que se llamará malón no será, pues, más que un contramalón: es decir, el mero rebote de una pelota lanzada por los blancos.

En 1650 vino de Chiloé el jesuita Rosales a devolver algunos de los cautivos y a apaciguar el avispero aun zumbante de los indios. Será ese el método de los cristianos en su ofensiva general contra los indios: usar alternativamente la soga de cuero crudo del militar o la de seda del sacerdote. Rosales llegó hasta el Nahuel Huapi.

En 1670, y después de una asoladora expedición del capitán Villarroel contra los puelches, vino a apaciguarlos el padre Mascardi con un contingente

de cautivos a restituir. Escuchó de los indios noticias de la existencia de una ciudad de hombres blancos y de plata más blanca y abundante que ellos.

En 1707 el padre Der Meren estableció una misión en los aledaños de donde el Nahuel Huapi se trueca en Limay. Al morir, el padre Guglielmo, su sucesor descubrió el paso perdido del Vuriloche (nombre que alude a la debilidad por la antropofagia de los nahuelhuapinos) que permitía la más abreviada comunicación entre el lago magno y Chiloé. Pese a sus flechas viperinas y a sus colmillos lobunos los vuriloches habían sido vencidos, digo barridos de raíz.

En 1716 los indios también desterraron de este mundo a Guglielmo mediante un brindis de chicha inficionada. (¿Adivinaban que la misión apostólica era el primer peldaño en la escalera de descenso hacia la servidumbre y extinción?) Poco después repitieron el ensayo con otro reverendo llamado Elguea. Desde entonces el secreto del legendario portillo se perdió otra vez y en vano lo buscaron los nuevos exploradores a lo largo del siglo XVIII y casi hasta el XIX.

Desde el lado oriental ningún viajero cristiano había llegado al hierático Nahuel Huapi. De él sólo sabíase que exportaba sus aguas al lejano Atlántico sobre los lomos del Limay y el Negro.

Cuando en el siglo XVIII el jesuita Falkland, que recorrió tal vez pocas leguas, pero recogió muchas lenguas de la Patagonia, publicó sobre ella un libro que era una suave invitación a Inglaterra a recogerla como tierra de nadie, España abrió los ojos y Villarino, su enviado, penetró por las bocas del río Negro y siguiendo aguas arriba, se detuvo en la confluencia del Limay con el Collón Curá, no lejos de Villarrica. No llegó, pues, al Nahuel Huapi.

En 1833, cuando la expedición al desierto organizada por Rosas, el comandante Descalzi reiteró la hazaña de Villarino. Rosas se quedó detrás del Colorado, digitando la política porteña mediante un nutrido carteo con su esposa, pero uno de sus generales ocupó simbólica, es decir, transitoriamente, la isla Choele-Choel: de ahí que cuando la Legislatura la regaló al Héroe del Desierto, él prefirió cambiarla por sesenta leguas bonaerenses a su elección...

Por tierra las cosas no iban mejor. Ya bajo la presidencia de Sarmiento (y pese a la cruzada de Luis de la Cruz a fines del siglo anterior desde Ballenero, en Chile, hasta Melincué, en Santa Fe, y la del coronel Pedro García en 1810 y 1820 desde Buenos Aires hasta Salinas Grandes) todo lo que hoy se llama provincia de la Pampa, más amplias zonas de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza y casi toda la Patagonia, entraban más en la leyenda que en la geografía y sus mapas.

Hacia 1870 la frontera sur se ha estancado en Azul, y Olavarría, Bahía Blanca y Carmen de Patagones son sólo vigías avanzadas en la soledad sin fondo.

Redescubrimiento del lago sagrado

En 1875 Francisco Moreno se aventura hacia el País de las Manzanas, enfrentándose con la inmensidad y el misterio, con los siglos sumergidos de la paleontología y la prehistoria, y la hegemonía absoluta de las tacuaras siempre ganosas de abrevarse en sangre bautizada.

Azara había sostenido que los aucas eran criollos de las faldas orientales de la Cordillera y su cruce al

otro lado se facilitaba por el paso de Villarrica. Los indios propiamente pampas eran los tehuelches del norte y sin duda poco tenían que ver con los salineros de Calfucurá, intrusos venidos de Chile atraídos por las vacas, como los loros del desierto atraídos por los choclos.

El mayor interés de Pancho Moreno en su visita a los Andes australes era tomar noticias del viaducto que llevaba a Chile y al Pacífico.

El campamento de Saihueque, el gran cacique del País de las Manzanas, está enclavado en un recodo del río Caleufú. Moreno penetra por el acueducto basáltico del Collón Curá y se encuentra con la embajada de Saihueque. Está compuesta por más de cuatrocientos caballeros de vincha y tacuara emplumada que lo agreden amistosamente con un ceremonial de diez horas seguidas de preguntas y respuestas, discursos y cabriolas tan revueltas y polvorientas como el viento zonda en persona.

Este rincón de Caleufú era, pues, la capital del imperio de las manzanas, es decir, de Saihueque, que colindaba al norte con Mendoza, al sur con la vertiente austral del Nahuel Huapi, al oeste con los Andes y al este con la frontera sin fondo del desierto patagónico.

El escenario es como el reino de un rey mago. Aquí y allá ventisqueros y picos de soberbia monárquica, diademados de nieve, y faldas custodiadas de araucarias y pinos. Lagos tan azules y hondos como la lejanía, bosques haciendo de puente entre las rocas y las nubes, ríos encabritados de saltos y crinados de espumas. Allá, a la distancia, el Tronador, con ronquidos que se oyen desde muchas leguas.

Los fundadores de Villarrica, brujuleados siempre

por el sueño de abrirse camino hasta Buenos Aires, fueron estableciendo campamentos, permanentes a veces, a lo largo de su itinerario. Y así, de juro, apareció la *Ciudad de los árboles* (árboles de fruta del Viejo Mundo) cuya existencia comprobó Zeballos y que parece haber engendrado la leyenda de la *Ciudad de los Césares*, que transformó el magín y agotó el esfuerzo de Garay, Hernandarias y tantos otros, porque en esa nueva Cuzco las mujeres eran más blancas y hermosas que la plata y la plata abundosa como un plenilunio... (Con todo, un investigador de hoy parece demostrar, con documentación fehaciente, que el carozo de la leyenda fue el copioso establecimiento *La Carolina*, sito al pie del cerro puntano Tomolasta. [M. Montes Pacheco: *La leyenda de los Césares*, "La Prensa", 10 de septiembre de 1967.])

Sólo que el tesoro brujo del *Reino de las Manzanas* es otro de más hermosura y permanencia que no importa qué ciudad sea: el Nahuel Huapi que es como un cielo apeado y caminando entre cerros historiados de manzanas y cipreses, tan límpido que sólo los ojos de los huemules son capaces de reflejarlo sin mancha.

Chocorí, padre de Saihueque, fue un redomado cacique del primer tercio de siglo que, rechazado por las tropas de *La campaña del desierto* en 1833, perdió un escudo de cuero que fue entregado a Rosas, quien solía jactarse de su posesión como si fuera el escudo de Ajax.

Saihueque por estos días es un varón de mediana edad y de decidora presencia. Luce poncho azul, bota fuerte y chambergo a la Mitre. De no ser por su lengua hereje pasaría por un gaucho acomodado. Según se dijo siempre, recibió de su padre el consejo de no meterse con los cristianos, pues opinaba que de no ser

por éstos, los indios aún andarían en pelota. Verdad es que en una ocasión olvidó esa preceptiva: cuando en 1854 él y Chacayal —¡barrabasadas de la mocedad!— asaltaron la estancia porteña de San Antonio dejando de recuerdo un reguero de difuntos.

En su pago de Caleufú, desde donde se gobierna a ojo la hoya del lago Lácar y las vegas edénicas de Chapelcó, Saihueque acoge, pues, amistosamente a Pancho Moreno. Años atrás, junto con los caciques Inacayal y Foyel, Saihueque había negado apoyo a Calfucurá. Acepta, pues, de Moreno el obsequio de una bandera argentina y la iza en el mojinete de su toldo. El cacique Nahuel Pan es quien se muestra el amigo más entusiasta del explorador, y el cacique Nancucheuque lo agasaja con un ostentoso banquete de maíz hervido en sangre y espesado con mondongo de yegua.

Como era mandamiento heredado que ningún cristiano debía cruzar el itsmo que separa las dos aguas grandes (los Andes separando los dos océanos mayores) le fue vedado el viaje a Chile, pero no al Nahuel Huapi. Con todo su vida estuvo colgada de un hilo: el cacique Chacayal pidió su vida, acusándolo de espía chileno. Y fueron precisas toda la abogacía y toda la elocuencia araucanas de Saihueque para salvarle el pellejo. Y así fue cómo pudo regresar a Buenos Aires condecorado con el título de primer cristiano que, partiendo del oriente, visitara el lago sagrado.

Saihueque despierta

Cuando en 1879 Moreno regresó al País de las Manzanas las cosas negreaban como un dedo gangrenado.

Pancho Moreno y Alvaro Barros estaban entre los contadísimos que respecto al indio sostenían la única doctrina válida no sólo desde el punto de vista del progreso externo sino también del progreso del alma humana, sin el cual el otro aborta en un carnaval fúnebre. Esa doctrina venía a decir que al indio no sólo había que reconocerle su derecho a su tierra y a su vida, sino también a participar de las ventajas de la civilización que los cristianos habían heredado de otros y que importaban a nuestras tierras vírgenes. Y para ello no había otro comienzo que el de auxiliarlos con el arado y el alfabeto. Que eso nunca se intentó siquiera es verdad que saca la cabeza de la más intrincada maraña de mentiras convencionales. Ambos publicistas, profundos conocedores del problema, ponderaron lo fácil que hubiera sido para los gobiernos crear una comisión integrada por indios que hubiera gestado la incorporación del indígena a la civilización y hubiera terminado por civilizar del todo a los cristianos.

El estudio de la tierra y su reparto con elementales normas de justicia civilizadora "hubiera permitido al gobierno crear en el vértice del triángulo del Limay y el Neuquén una de las más ricas provincias argentinas" (Francisco P. Moreno). "En cambio se vendería la tierra por una bicoca a los favoritos y a los potentados holgazanes" (Carlos Bartomeu).

Lo que pasó, ya lo sabemos. Se prefirió el fraude al alfabeto y a la siembra de trigo la de balas. Pese a

su delantal impoluto de civilización y evangelización, el malón blanco, según vimos, precedió al otro y fue mucho más negro.

José Hernández se condolió de la suerte del gaucho y denunció sin ponerse la mano en la esquina de la boca, las perrerías cometidas con él. Pintó con los colores crudos la vida de las tolderías y los horrores del malón, pero se guardó en el tintero las barrabasadas épicas y sacramentadas de los cristianos aventando las tolderías como paja de trigo, después de la masacre y el estupro a son de clarines y del rapto de mujeres y niños para trocarlos en esclavos caseros y castrenses.

Mientras tanto, yendo aún más allá del País de las Manzanas, Moreno, que se arrogó el título de primer explorador de la alta y desaforada Canaán lacustre amojonada por el Futa Lauquen, el Situación, el Menéndez, el Kruger, el Verde, el Cisne, y vestida suntuosamente de robles, canelos, laureles, maitenes, coihues y coligües, alerces, arrayanes y manzanos y praderas de césped y frutilla. Moreno vio cosas que consignó con sencilla y valerosa honradez.

El araucano Colomilla se erige a sí mismo en adelantado de la buena causa y "obtiene excelentes cosechas de trigo". Inacayal, el primer poblador establecido en las cuencas del Nahuel Huapi, es un pionero de la civilización en aquella zona, y para ello le bastó con haber pasado por Buenos Aires: aprendió el alfabeto del progreso y adoctrinó a los indios sobre el cultivo del maíz, el trigo, la cebada, el zapallo y la papa en la rinconada de Tequel Malal. (Por este delito se verá más tarde aprisionado y remitido a Buenos Aires.)

Con el cacique Foyel, que prestó asimismo muy

buenos servicios a Moreno, pasó igual cosa. El ejército había ocupado sus tierras, y lo mismo que en el caso de Inacayal, él y su familia fueron remitidos a orillas del Plata, y allá lo instalaron en el Tigre. Moreno lo lleva más tarde y lo aloja en los trasfondos del Museo de la Plata. Lo ponen en libertad al fin. Cuando en 1896 el Perito Moreno visite de nuevo la Cordillera —en una cruzada diplomática que evitará el cercenamiento de miles de leguas al mapa de su patria— Foyel lo esperará junto al arroyo Caful, cerca de Tecka, para darle el saludo de su amistad y gratitud profundas y ofrecerle sus servicios (¡Pobre Foyel! Será el momento en que recibirá una noticia fúnebre: "debe abandonar el valle de Tecka adquirido por unos señores de Buenos Aires").

También la situación del explorador argentino en estos días de 1880 se va volviendo día a día más inquietante. Hasta los indios más decididamente amigos de los cristianos han perdido el último resto de su fe en ellos. Una india ha envenenado a Hernández, compañero de Moreno, y éste escapa por un pelo de seguir sus huellas.

El corazón del Saihueque ha cambiado también de orientación como gallo de veleta. El buenazo del cacique ya no duda que su tierra que creía firme y segura como una estaca pampa es un tremedal ahora. Desde el lejano nordeste baja el rastrillo cristiano que viene barriendo a los indios hasta la Cordillera para estrellar sus últimos restos contra las rocas o chapuzarlos en sus lagos. Sí, él y su tribu se habían opuesto en redondo a Namuncurá, negándole toda colaboración cuando en 1875 el cacique salinero desató el más ancho malón de todos los tiempos. Pero ahora ya no tenía ningún sentido cumplir el mandamiento vene-

rado de Chocorí, su padre: no derramar una gota de sangre cristiana (Saihueque no puede adivinar que su compadre Pancho no comulga con sus propios hermanos de sangre en ese ideal entre mercachifle y caníbal de limpiar de indios la tierra patria y lo va a denunciar y condenar con honradez solitaria y corajuda).

Por otra parte hay también que la voluntad de un cacique araucopampeano no se cierne como sombra de águila sobre su tribu; es sólo la primera entre sus pares, y debe discutir y concordar con ellas cualquier medida de peso. Ya ha sido, además, consultado el *machi*, el del tambor agorero y el cascabel relleno de guijarros, el brujo capaz de caminar sin pisadas y ver en los días aun no venidos como el buho ve en el bosque nocturno...

El machi ha comunicado a los indios manzaneros que el teodolito de Pancho Moreno es en realidad un cañón de tiempo capaz de matar cien hombres y un ojo brujo que puede mirar el sol sin pestañear y entenderse con él.

¿Que ni Saihueque ni ningún cacique de las Manzanas ha manchado jamás sus manos en sangre de cautivos? No importa. Los dioses mapuches tienen ahora sed de sangre bautizada.

Los guerreros de la tribu practican todos los días, como una liturgia, su gimnasia bélica, atropellando leguas con sus caballos lanzados a fondo, desvencijando el silencio y el espacio con sus gritos aullantes, con sus lanzas más fúnebres que cipreses levantando en sus puntas hacia el cielo, como una ráfaga alza hojas secas, matas de neneo o de coirón.

Se ha hecho ya el sacrificio de mandamientos a los dioses araucanos —tan golosos de sangre como sus

fieles— degollándoles dos caballos: un alazán rayado de azulejo, emblema de la guerra, y un blanco rayado de rojo, emblema de la paz, todo ello rematado en una libación alcohólica, no por sagrada menos infernal.

Pese a la lealtad a su amigo y compadre, Saihueque tiene que estar esta vez del todo con los suyos, y Moreno es el primero en reconocerlo así. "Defendía su patria. Se creía dueño de la tierra por derecho divino." La Junta de Quem Quem Tacu y el machi han dicho su última palabra, mientras Moreno y su séquito, ya cautivos, aguardan su hora en su toldo carcelario: *Vuta Huentrú, el Jehová mapuche, sólo se aplacará ofreciéndole el corazón del huinca en la punta de una lanza.*

En un repente de desesperación, que no veda el ajuste de la máxima prudencia a la máxima audacia, Moreno, seguido de los suyos escapa llevando a la rastra, para borrar sus huellas, el poncho que le regalara el cacique Inacayal y que clareaba aquí y allá de tajos inferidos por la última borrachera de los indios.

Pancho Moreno, pues, sin segunda intención que manchara su fe, fue quien hizo flamear por primera vez, sobre el toldo de Saihueque y sobre las tierras indias de la precordillera austral, el trapo sagrado de los argentinos, la bandera de la civilización y la liberación.

Sólo que después vino el fraude reverendo. Contra los indios, que desposeídos de su suelo pasaron a ocupar el subsuelo. Y contra los gauchos, que compartieron este último destierro o se jubilaron como mendigos.

NAMUNCURA

Un pretendiente a la corona

Al cernir la vincha imperial de Salinas Grandes, Namuncurá o *Talón de Piedra,* andaba por los sesenta y tres años.

He aquí los principales rasgos de su prontuario infantil y juvenil confeccionado por sus biógrafos y en especial por el más prolijo de ellos: el teniente coronel Aclifton Goldney en su *El cacique Namuncurá.*

Nace en Chile, en 1811, es decir, el mismo año en que Domingo Sarmiento, bajo cuya presidencia él llega a cacique mayor de los salineros.

Pertenece a la tribu *llaimache,* nombre derivado del volcán Llaimá, sito al este de Temuco.

Su madre es Juana Piteley, cacica de noble sangre araucana, es decir, sin mezcla de linajes villanos.

Se cría al aire libre, bañándose todos los días en las frías aguas del arroyo Llaimá, igual que todo el resto de la tribu.

Como su padre es un cuarentón o cincuentón sometido a docenas de esposas, el niño pone el mayor cuidado en distinguir a sus hermanos uterinos de sus incontables hermanos de solo sangre paterna, a fin de no enzarzarse espinosamente en sus juegos que consisten, principalmente, en ejercitarse en el manejo de las boleadoras y el lazo, cuando no del cuchillo.

A los cuatro años prendiéndose a su cruz y a su crin, aguanta el galope de un caballo, y en premio le

agujerean las orejas para colgarle un par de aros que usará toda la vida.

A los doce años es jinete redomado, y a los quince boleador, enlazador, cazador y lancero sin reproche, y ya ha templado su ánimo asistiendo a los entreveros de sangre y muerte como otros a un desfile patrio, todo lo cual no ha averiado su gusto por el baile, el galanteo ni el trago, aunque sin desmandarse ni estorbarse en las tareas mayores.

Algo más. Asiste con no menos interés a los parlamentos y debates de los grandes de la tribu, donde el torrencial orador que es su padre maneja las *razones* en pro o en contra de una causa con igual baquía que las boleadoras o la lanza, o rinde al contrincante por cansancio físico.

Talón de Piedra comienza a ser el favorito de su padre en toda actividad pública, por su arrojo y su despejo, y en 1831, mozo veinteañero, viene a mano derecha de su progenitor en la primera invasión de los llaimaches a tierras pampeanas, cuando la actitud del gobierno bonaerense los obligó a replegarse sobre la falda de la Cordillera.

En 1834 parece haber ocurrido lo siguiente. Las tribus voroganas asentadas en campos linderos del norte y este de Carhué, al mando de Martín Rondeau y otros caciques, manteníanse en buenas relaciones con Rosas, pero ese año incurrieron en su malquerencia a causa de "haberse negado a entregar todos los cautivos y los ganados robados a los estancieros amigos" y de haber dado muerte al cacique Toriano, que acababa de pactar con el jefe del fuerte de Bahía Blanca. Autorizado por Rosas para establecerse en Salinas Grandes, y sin duda con media palabra para algo más, Calfucurá invade Masallé y ataca a mansalva y con

pavorosa alevosía a Rondeau y demás caciques, y el Caín de vincha decapita a la tribu hermana de los vorogas en la persona de sus jefes, y se planta para siempre en Salinas Grandes. (De la intervención inspiratriz de don Juan Manuel en la hecatombe no hay dudas: carta de Calfucurá a Mitre el año 64; carta de Rosas al ministro general Guido el 20 de setiembre de 1834; carta del indio Milalicán el 15 de ese mismo mes y año al jefe de Fuerte Argentino. (A. C. Goldney: *El cacique Namuncurá*.) Es decir, que Calfucurá se establece en nuestras pampas no sólo con la venia sino con la complicidad de alta traición de Rosas. Rosas cae en 1852. Pero Calfucurá, que llamó Chilihue a su territorio de Salinas Grandes, y que ha venido criándose a su sombra, asume toda su gigantesca estatura inmediatamente después de Caseros, cuando aprovechándose de la convulsión que fatalmente debía suceder a la dictadura paralítica, consigue lo que ningún cacique lograra antes: la Santa Federación de todas las tacuaras de la Pampa y de la falda de los Andes. La hégira rosista duró veinte años, pero la de su sucesor y sus cómplices cristianos (comerciantes, pulperos, jefes de frontera y estancieros de uno y otro lado de los Andes) duró cuarenta. Cuarenta años en que pagaron tributo danaidesco no sólo las reses arreadas, sino los galeotes de los fortines o gauchisoldados y los viejos pasados a cuchillo o a lanza, y los niños y mujeres hundiéndose en el tremedal de la esclavitud araucana.

Volvamos al hijo dilecto de Piedra Azul. Bajo el gobierno de Rosas y siempre como brazo derecho de su padre, Namuncurá ha tenido tiempo sobrado para aprender de memoria el juego retorcido y viscoso y

ponzoñoso de su progenitor en sus relaciones con los gobiernos cristianos y de éstos con él.

En 1838, como semialiado de Rosas, recibe invitación de perseguir al cacique Railef, chileno, que se retira sin apuro hacia el paso de Villarrica timoneando un arreo de cien mil reses encontradas por azar en las estancias porteñas. Calfucurá alcanza al excursionista, avienta su escolta, lo alivia de la vida, recobra las reses y se las guarda en el bolsillo.

Sólo que en ese mismo año los calfucuraches son rodeados y sableados por el mayor Tisao.

En adelante, sin romper nunca con el Restaurador y sin dejar de cobrarle la pensión, Piedra Azul envía o inspira diversos malones que llegan hasta Santa Fe y Córdoba. En 1844 se deja sentir en el partido de Rojas. En el 46 atropella a Chivilcoy. El general Pacheco tiene que costearse hasta Salinas Grandes a exigirle el cumplimiento de sus promesas de paz y él se apresura a ratificarlas. Todo ello sin inconveniente de ladearse hacia Baigorria y los ranqueles, anticristos de Rosas, y de coquetear con Urquiza más tarde.

Antes de Caseros, lanza un malón sobre Bahía Blanca. Después de Caseros se derrama con tres o cuatro mil lanzas sobre varios pueblos de la provincia.

A la cabeza de los lanceros de más profundo empuje anda siempre el segundo general de las huestes, su hijo Namuncurá, *Talón de Piedra*, ya en la plenitud de su vigor, su guapeza y su tino, incitando a los suyos a rememorar las hazañas de Caupolicanes y Lautaros.

Chasques llegados a Salinas Grandes vienen a ofrecer la paz y la aparcería de Urquiza, que acaba de divorciarse de Buenos Aires. El diplomático salinero

no se apresura. Se cruzan oficios entre ambas cancillerías. En 1854 una embajada presidida por Talón de Piedra llega a Paraná con un manirroto presente de cautivos y otras prendas del desierto. La retribución en aguardiente, tabaco, azúcar, yerba, trapos y quincalla no es menos ostentosa. Mal lavado aún de sangre de huincas, Namuncurá recibe el bautismo de la Iglesia con el nombre de Manuel o Enmanuel (*Dios con nosotros*), elegido en el almanaque por su padrino, el general Urquiza (*E. Zeballos, E. Stieben*).

Después de esto, y en casi todos los años que siguen, y siempre con Namuncurá como primera lanza, los calfucuraches favorecen a los pueblos de Buenos Aires con las más demoledoras y suculentas incursiones y refriegas: la de *Sierra Chica*, en que fue desmontado el coronel Mitre y todo su ejército; *Tapalquén*, en que el pueblo fue reducido a corral por los indios después de aventar como paja las huestes del general Hornos; la estancia de San Antonio en que Yanquetruz acorrala y degüella al comandante Otamendi y a sus 124 milicianos.

En 1858 las lanzas y boleadoras de Namuncurá asoman sobre Lobería, Tandil y San Antonio de Areco, aunque Paunero y Conesa lo atajan y dispersan en Tres Arroyos.

Ese mismo año Calfucurá, acompañado de su hijo Manuel y del más ladino de los caciques, llamado Cristo, visita nuevamente a Urquiza. Lo que no impide que por razones puramente económicas —las de vender los cueros y la sal a los porteños— las relaciones entre Calfucurá y Urquiza hayan venido relajándose. Y aunque también se han aflojado las de la alianza de los gobiernos pampas, eso no impide que los malones sueltos aumenten en actividad y número.

¡Y cómo puede ser de otro modo si la guerra con el Paraguay —¡pichincha de oro!— acaba de dejar las fronteras tan indefensas como un venado en otoño, cuando pierde las astas!

Pero la diplomacia de Salinas Grandes precisa mirar por el ojo de la llave en Buenos Aires. Al efecto, llega una embajada con propuestas de paz, integrada por ocho capitanejos de pro y presidida por Namuncurá, que alojada en el Hotel Argentina de la calle Piedras, por orden del vicepresidente Marcos Paz, se deja estar un trimestre manducando, chupando y eructando a sus anchas y atisbando mejor lo que les conviene.

En 1868 Sarmiento asume la presidencia. Desde 1857, en artículos de *El Nacional*, venía sosteniendo que la gran retaguardia económica y militar de los pampas estaba en Chile, donde no sólo contaba con tribus hermanas para remontar sus huestes diezmadas, sino algo más importante: allí estaba el mercado para colocar el producto mayor de sus épicas cuatrerías. Solamente en 1870 alrededor de 200.000 reses vacunas y yeguarizas cruzaron los pasos cordilleranos del sur con ese destino. Era secreto a voces que, entre otros, el general Bulnes, más tarde presidente de Chile, poblaba sus estancias con vaquitas pampeanas compradas a precio de quemazón (Félix de San Martín: *Neuquén*). Tampoco era misterio que muchos cautivos morían como esclavos en algunos feudos trasandinos (L. Lugones: *El payador*). ¿Y no denunció el diputado chileno Peulman, en pleno Congreso, el tráfico rufianesco? Ni decir que los reclamos, vía diplomática, de los gobiernos de Avellaneda y Roca, fueron contestados con diplomáticas zalemas.

Se explica de sobra, pues, que cuando el flamante

presidente Sarmiento mandó ocupar la isla Choéle-Choel —la "Gibraltar del desierto", es decir, el gran portillo para el desfile ritual de vacas a Chile—, Calfucurá erizara la crin amenazando aumentar sus tacuaras y boleadoras con otras traídas del Neuquén y de Chile. Y que como argumento más convincente ordenara a Namuncurá visitas a Bahía Blanca con dos mil lanzas, aunque no fue culpa suya que en la madrugada del 23 de octubre del 70 fuera sentido a tiempo y tuviera que volverse sobre sus rastros. Se desquitó, eso sí, con el fuerte *Veinticinco de Mayo*, donde pese a las seguridades de vida dadas a sus defensores si se rendían, los mandó lancear sobre el tambor. Después requisó sin apuro los negocios y hogares de Tres Arroyos y se retiró con su arria de cargueros y cautivos.

El futuro cacique general demostraba estar ya maduro para el mando supremo.

La vincha imperial

En Chilihué, a algunos kilómetros de la toldería oficial de Salinas Grandes, en el paraje llamado *La Rinconada*, porque allí el bosque forma un abra, hallábase el lugar llamado *El Circo* por los salineros, recinto consagrado a parlamentos y bailes públicos de las tribus, principalmente a las orgías sagradas del equinoxio de primavera que duraban varios días con sus noches y a las que asistían delegados venidos de los más lejanos rincones de un territorio que abarcaba miles de leguas cuadradas.

Fue allí donde, solícitos a una invitación cursada con la antelación del caso por los herederos de la co-

rona de Salinas Grandes, se reunieron los dignatarios principales —un total de 220 caciques y capitanejos— del imperio, a fin de elegir al sucesor del gran Calfucurá, llamado por *Huenu Pillañ*, el Alah araucano, recientemente, vale decir, después de dejarlo galopar más de cien años sobre la tierra. Todavía los *cultruns* o tambores funerales de piel de gato teñidos de rojo seguían llorando la partida del cacique magno.

Ni decir que allí estaban representados los más altos linajes de la Pampa y la Cordillera, oliendo a grasa de potro y a totem: los *Curá* (piedra), los *Lauquen* (laguna), los *Leuvú* (ríos), los *Mahuida* (sierra), los *Lóo* (médano), los *Pumá* (león), los *Guor* (zorro), los *Luan* (guanaco), los *Choiqué* (avestruz), los *Huemul* (venado), los *Ñancu* (águila), los *Nahuel* (tigre).

La augusta tarea no resultó fácil. Y no por falta de herederos, ciertamente, ya que llegaban a veinte los habidos con esposas oficiales, sin contar con los dedos de muchas manos los frutos de injertos morganáticos. El problema radicaba en que Millequencurá, el hijo mayor y heredero número uno de la corona, no tenía más título que el de ser uno de los mejores chupadores en muchas leguas a la redonda, ya que sus dotes de gobernante eran unánimemente desconocidas. Los electores que deliberaban sentados a la vuelta sobre sus ponchos de colores violentos (mientras detrás verbeneaban innumerables guerreros tremolando muy en alto los plumeros rojos, blancos o negros de sus lanzas) se encontraron bifurcados hacia dos candidatos: Manuel y Bernardo Namuncurá, ninguno dispuesto a ceder su derecho y sus pretensiones al otro. La guerra civil parecía ya asomar su cabeza desgreñada en la asamblea.

Entonces —como el Calchas de Homero o el Colocolo de Ercilla— intervinieron la larga experiencia y la añeja sabiduría encarnadas en el matusalénico Huenchuquir, de verbo tembloroso, pero escuchado por todas las orejas. ¿Propuso qué? Un triunvirato integrado por Bernando Namuncurá, Manuel Namuncurá y Alvarito Reumaycurá.

Era el modo de conferir el mando al más capaz de todos, sin herir el celo de los otros dos: Bernardo, un burócrata de salitral, un escribano de los toldos, y Alvarito, más lanza que cabeza, y rapaz, borrachín de vino y sangre ajena, y de entrañas dignas de su nombre: *reumaycurá*, "duro como piedra".

El nuevo cacique parece resumir en su cuerpo y en su espíritu, y en grado mayor, las mejores cualidades de la raza. Vigoroso y diestro y rey del coraje. Su desmelenada audacia tiene dos ojos: la inteligencia y la prudencia.

Un cronista autorizado sostiene que las cualidades señeras del guerrero araucano son el interés, la ingratitud, el disimulo y la felonía, y que tiene un soberbio desprecio por la verdad y la honra. Así será, aunque admitiendo excepciones, y sin olvidar que tales cualidades suelen ser también muy privativas de la mayoría de los caudillos romanos y cartagineses, para no hablar de los cristianos: piénsese en los de la conquista española y en los jefes rurales o municipales de nuestras camorras civiles.

Aunque de estatura menos que mediana, Namuncurá tiene algo de punta en la pujanza y presteza de su musculatura, en los ojos sesgos, y en el bigote ralo y duro. Su crin no es más suave que la de su caballo. La sonrisa es tan ajena a su rostro como la flor al arenal insolado.

En su pleito con los cristianos, Namuncurá se conduce como un consumado diplomático, es decir, como un prestímano de feria. Mientras trabaja sin pausa para el éxito de su más operosa tarea —soldar de nuevo la agujereada federación pampa para oponerla como un ariete a la línea cristiana— por el otro costado ostenta el más fervoroso empeño en entenderse pacíficamente con "el señor Gobierno" y tanto, que prefiere dirigirse una y otra vez al arzobispo Aneiros, llamándolo "segundo Dios", sin duda con el único fin de investir de autoridad santurrona su diligencia.

La actitud de los delegados de la civilización no es menos fraudulenta. Mientras confiesan entrar en tratativas con los indios sobre la base de reconocerles pleno derecho a las tierras que ocupan, destacan sobre esas mismas tierras ingenieros empeñados en estudios topográficos tendientes a preparar el próximo golpe de mano para resolver definitivamente la cuestión.

Ambos contendientes se achacan mala fe y en eso es lo único en que no mienten.

Namuncurá sigue trabajando sin tregua y sin dar puntada sin nudo para remendar la alianza de los hijos del desierto. Sigue firme como una estaca pampa en su determinación de cumplir al pie de la letra la última manda de su padre: no entregar ese caballo de Troya con pradera y todo que es Carhué. Al mismo tiempo escribe al gobierno exigiendo doscientos millones de pesos como importe de los campos ocupados por las fuerzas oficiales en las fronteras de Puan, Carhué y Guaminí.

Rematado con éxito su empeño de confederar de nuevo casi todas las tribus pampas y lograda la sublevación contra los cristianos, de Juan José Catriel

—reunido así un total de seis mil lanzas—, desata a fines de diciembre de 1875 las primeras oleadas sucesivas de la llamada "invasión grande", en que se combate sobre un frente de cincuenta leguas y que alcanza su pleamar en el combate de Paraguil, en que Levalle, a punto de perecer, se salva por la aparición providencial de Maldonado, rechazando ambos la ofensiva en su repunte más intenso, y redimiendo cien mil reses. (No faltan cronistas que sugieren que todo ese despliegue de malones escalonados buscaba sólo ocultar y facilitar el verdadero propósito de Namuncurá, que era el de entrar en Buenos Aires como Alarico en Roma.

El malón de los malones

Los chasques del desierto exigieron esta vez el último aliento a sus mejores caballos. Un nuevo malón, y el más caudaloso de todos, que quizá podría llevarlos hasta la margen derecha del Salado, se arbitró y lanzó en cosa de días.

La Pampa inventó el malón como antes inventara el pampero, el viento que trata a los árboles como si fueran juncos.

No es fácil representarse a pura imaginación el espectáculo que tal vez nunca se dio antes en ningún tiempo o comarca de rebaños y conquista, de invasión, saqueo y arreo —hicsos, árabes o tártaros— en tamaña dimensión, al menos.

La Pampa no es llanura sino oleaje de llanuras en calma. Y de pronto empiezan a moverse, digo, aparece sobre las tierras mansas toda la salvajina del desierto; gamas de cabeza mocha y venados con su

corona de ramas sin hojas; liebres con las orejas acostadas sobre el lomo; vacunos sin resuello ya para el mugido; baguales furiosos de galope, crines y relinchos; perdices de vuelo intermitente; perros cimarrones, gaviotas, una elástica familia de pumas... Es la vanguardia del malón. Detrás, la polvareda invadiendo el cielo en nubarrón de borrasca. Y después, sobre el fondo profundo del tropel, el alerta de los invasores, algo como *ahá... ahá... ahá...* —grito que, al modo de la saloma de los marineros, acompaña y acadencia la faena que aquí es de abordaje y hecatombe: grito capaz de hacer erizar los pelos a un calvo, grito que quien lo oyó una vez, se lo guarda en la memoria para siempre.

Y lo que viene después es como el caos organizado y dirigido por el capataz del infierno.

Los ranchos o los cascos de las estancias, o los pueblos, son rodeados e incendiados y a los prófugos se les corta la retirada izándolos en las lanzas o echándoles las boleadoras a las patas del caballo y clavando al jinete sobre el suelo como el alfiler del coleccionista clava una mariposa. El saqueo de negocios y hogares se perpetra con la misma huracanada prisa que el cautiverio de niños y mujeres jóvenes, mientras en todos los rumbos de la llanura se va juntando, como a rastrillo, el ganado de corrales, querencias y aguadas, por decenas y centenas de miles, como las espigas de una siega. El odio y la codicia del indio son como dos afluentes de un río que no tiene vado: se sabe con la amenaza pendiente sobre sus tierras, sus mujeres, su libertad misma, y su talión no tiene freno.

Todo amago de resistencia es como pólvora mojada. Por entre fortín y fortín la indiada se cuela como

agua por tacho agujereado. El caballo del soldado se echa en fuga inatajable ante su olor y su grito.

Todo es inútil, aunque se viva siempre con el ojo puesto en el horizonte del sudoeste como en un cerrojo, porque el círculo visible es chico y el peligro es sin fondo. El indio es un virtuoso de lo imprevisto. Pisándole los talones al anuncio de su llegada, llega él, erizado de gritos y lanzas como un jabalí erizado de cerdas y colmillos.

Pero esta vez —entre la Navidad del 75 y el Año Nuevo del 76— el malón fue como la décima ola de las tormentas que sobrepasa a las nueve anteriores. La confederación para el estrago hermanó a los rancules de los totorales, los manuelches de los montes, los chadiches de las salinas. A eso se encimó el alzamiento de Juan Catriel. No menos de seis mil cerdudos de pelea y casi otro tanto para sacudir nogales, digo, para arrear el bestiaje.

Esta vez el malón llegó de todos los rumbos. En casi todos los fortines desde la Blanca Grande a Lavalle, las guarniciones fueron pasadas a cuchillo y sus caballos cambiaron de amo (En algunos fortines los fosos fueron cegados precipitando en ellos majadas de ovejas como quien amontona colchones y pasando sobre ellas a uña de caballo).

Eso fue ayer o anteayer. Cumplido ya su cometido, el malón está refluyendo pampa adentro. Por horas y horas, desde el alba hasta perderse en la noche, desfilan las piaras de mugidos y relinchos tan inacabables como una garúa: bestias todas que porfían a fondo por recobrar la querencia y que no obstante terminan por marchar en legiones como militarizadas por la baquía sin esfuerzo aparente de los custodios indios. Son trescientas, cuatrocientas mil cabezas. Todo un

horizonte de crines y astas, una marea montante de mugidos y relinchos. Entre las incontables recuas mayores se advierte un paréntesis de polvareda: es el ocupado por las treinta mil ovejitas que lleva Catriel para aclimatar la lana en el desierto. Su balido es tal que parece un lamento mojado de lágrimas.

Los guerreros propiamente tales, marchan arreando cargueros o con sus montados rendidos bajo el peso del expolio: fardos de azúcar, yerba o tabaco, barriles de vino, ollas, ropas, cobijas, quincalla. Las mujeres y los niños cautivos, cuyos padres, esposos o hermanos fueron cribados a cuchillo o lanza, van desmayados o en un puro temblor de gemidos. Los caballos indios caminan con los ojos entrecerrados de polvo, fatiga y desvelo. Sus jinetes, sujeta por la vincha roja la larga melena de sombra, casi todos salpicados de sangre los cuerpos semidesnudos y las plumas de las lanzas, y algunos semiebrios, menos de grapa que de estrago, parecen aún más horribles que su fama.

Una vez más se ha visto que huir del malón es como recular en chancletas. Detrás de él quedan ahora algunas decenas de leguas manchadas de crimen, de expolio y espanto como un lagar queda manchado de mosto. Los caranchos y los perros comienzan a tomarse confianza con los cadáveres no enfriados del todo. Pero de esto poco se ve porque los invasores han cubierto su retirada con una cordillera de incendios cuya humazón acega al sol y echa una sombra de bermellón y ocre sobre la Pampa.

El comienzo del fin

Casi huelga insistir que en esta guerra de frontera doméstica el sector cristiano exhibió fallas y menguas difícilmente justificables. El coronel Álvaro Barros señaló en libro estruendoso —*Fronteras y territorios de las pampas del sur*— la inmoralidad reinante en el éjército conjugada con la inmoralidad política de la época.

Bastaría como ejemplo el caso documentado por él de un jefe de frontera antropófago, que se alimentó durante años con la carne de un regimiento que él había inventado, pero cuyos sueldos y costos cobraba religiosamente. No uno sino muchos cristianos de todo rango, de este lado de la frontera eran aparceros de los pampas o estaban a su servicio, y ello explica cimentalmente la perduración invicta de los malones. El resto debíase a yerros técnicos, como era el desconocimiento inmaculado del desierto, y el cerrar los ojos a la inferioridad calamitosa en calidad y número de los caballos de la civilización frente a los del auca. No fue un acierto, sin duda, la llamada *Zanja de Alsina*, cuya cosmográfica dilatación —¡cien leguas!— estaba ya proclamando su debilidad y su inoperancia.

Se dirá que la aparición del demonio moderno llamado *Remington* en la filas cristianas, agregado al telégrafo y al ferrocarril, significaba de suyo la derrota inevitable de los hijos del desierto. Todo lo cual no niega que sin la evidencia del plan de Roca y su irreprochable ejecución, la lucha terminada en cuatro o cinco años hubiera demandado décadas.

Namuncurá, que ni en desenvainado e inmellable coraje ni en estrategia militar y política se mostró

inferior a su padre, hizo lo más y mejor que pudo. Comprendió que por razones obvias el ejército nacional había pasado a la ofensiva y se batió en retirada, porque así lo ordenaba la suerte. Comprendió que frente al Remington una batalla campal como la de *Sierra Chica, Tapalquén* o *San Carlos* equivalía al harakiri, y acudió a la guerra de guerrillas sacando la mayor ventaja posible del mejor conocimiento del medio y de la superioridad del caballo indio, atacando de sorpresa (casi siempre antes del alba), golpeando y desapareciendo, y dispersando la caballería enemiga con harta frecuencia.

Y de nada valió, todo eso, a la larga. La historia estaba ya definitivamente contra el armamento neolítico.

Así fueron asaltados a domicilio, uno tras otro, los más invulnerables caciques ,y así fueron cayendo Pincén, Ramón Catriel, Foyel y tantos otros, desde el patriarcal y laborioso Inacayal, amigo entrañable del paleontólogo Moreno, hasta el huracado e intangible Epumer, que remató en peón de estancia.

Porque la conquista hecha en nombre de la Civilización y el Evangelio se mostró tan inmisericorde como bajuna. La mayoría de los indios fue masacrada. A los cautivos o rendidos o no se les dio nada o se les otorgó tierras más o menos desamparadas, cuando no fraudulentas. En ningún caso fueron favorecidos por la ayuda preparatoria indispensable para rendir examen de ingreso a la civilización.

Ya en tren de franca retirada Namuncurá echó mano de cualquier artilugio para escabullir el bulto, aun a costa de su gente. ¿Es que Napoleón hizo otra cosa en su retirada de Rusia en que él hizo de van-

guardia de una retaguardia de cadáveres? En Lihué Calel, parte de la indiada muere combatiendo, y el resto cae cautivo, mientras él lleva ocho horas de delantera en la fuga. En el Neuquén, sacrifica al regreso a su propio parlamentario enviado por él para ganar tiempo. Se refugia al fin en Chile en 1882 y regresa un año después, y se entrega a las autoridades argentinas de la frontera y en junio de 1884 se presenta en Buenos Aires. Algunos le dan cincuenta años, pero tiene ya 73 y viene con su última esposa, la cautiva, Rosario Burgos, linda moza apenas medio siglo menor que su marido.

Después de diez años de diligencias, consigue una dación de tierras para él y su parentela, no en Chimpaz, a la orilla del Negro, según su solicitud, sino en San Ignacio del Neuquén.

Triste es decirlo, pero no está a la altura de su gran pasado bárbaro. Ostenta presuntuosidad, pero ha perdido fatalmente su orgullo. Hasta se deja propinar por el gobierno (¡él que había exigido doscientos millones por las tierras aledañas de Carhué!) con unos quinientos pesos que malgasta infantilmente en golosinas y bicocas. Para peor, persiste en su juego de tahur, llamándose *argentino*, diciéndose *católico apostólico*, o vistiendo un uniforme de coronel más o menos mamarracho.

Pero hubo alguien —recordémoslo para honra de la especie— que salvó entero el honor de la lucha y el de la raza india, puesta ya por debajo del horizonte humano en el resto de América, pero que en la Pampa siguió luchando por su libertad gigantescamente y hasta hundirse junto con ella, aunque no antes de haber infligido al intruso, a lo largo de un siglo, los más

humillantes taliones. Ese hombre fue Baigorrita. No aceptó pactos, ni perdones, ni dádivas, ni cautiverios. Mantuvo su dignidad hasta la hora de la muerte y para después de ella. Murió clavando su lanza en la carne de la ignominia, es decir, de la rapacidad disfrazada de redención y civilización.

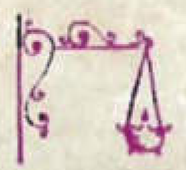
Este libro se terminó de imprimir el 20 de noviembre de 1967, en Artes Gráficas Cadop, Venezuela 2241, Buenos Aires.

los grandes caciques de la pampa:

— El desierto del indio.
— El caballo del desierto.
— El Gran Painé-Yanquetruz-Yanguelén.
— Baigorria.
— Calfucurá: Rosas-Urquiza-Mitre.
— Rondeau-Raleif.
— Cipriano Catriel, Cachul, Ramón.
— Mariano Rosas.
— Pincén.
— Sahiueque.
— Namuncurá.

—"Hermano, cuando los cristianos han podido nos han matado, y si pueden matarnos a todos, nos matarán. Nos han enseñado a usar ponchos finos, a tomar mate, a fumar, a comer azúcar, a beber vino, a usar bota fuerte. Pero no nos han enseñado a trabajar..."

(Mariano Rosas a L. V. Mansilla)



ediciones del candil